

RAVIEL

TAKUNGA



BIBLIOTECA "EL PENECA"

R A V I E L

T A K U N G A

BIBLIOTECA "EL PENECA"

directora: Elvira Santa Cruz

LA BIBLIOTECA "EL PENECA", cuyo primer número iniciamos con Takunga, versión de Raviel, responde a la clamorosa solicitud de millares de niños latinoamericanos que desean releer las interesantes seriales publicadas en la revista "EL PENECA".

La elección de Takunga es muy acertada. Su trama novedosa e instructiva relata la vida de un piel roja civilizado que, al volver a las nevadas estepas del Alto Canadá, siente el embrujo de su raza y vacila entre la gloria de ser una estrella de cine o el jefe de la tribu que abandonó en su niñez.

Episodios dramáticos como el de la indécita Pluma Blanca, que atrae a Takunga a la tribu Cri, espe-luznantes aventuras en las sierras nevadas, cacería de osos y ciervos, ritos y supersticiones indígenas completan esta novela, cuyo interés principal lo constituye la tragedia moral del héroe Takunga.

Es un libro que al tenerlo en las manos obliga a fijar la vista en sus páginas hasta terminarlo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

Santiago de Chile

1 9 4 3

R A V I E L

TAKUNGA



Z I G - Z A G

R A V I E L

TAKUNGA



Z I G - Z A G

Es propiedad del autor. Derechos reservados para todos los países. Inscripción N.º 9095. Copyright by Empresa Editora Zig-Zag. Santiago de Chile, 1943.

PORTADA E ILUSTRACIONES DE LORENZO VILLALÓN

INTRODUCCION

*E*n la lujosa mansión del gran empresario de cine Héctor Laval se esperaba la llegada de Noel January para sentarse a la mesa.

—Perdóneme, señora Luciana —exclamó un joven alto, moreno, de facciones muy perfiladas y cabellos negros—; excuse mi tardanza...

—Aun no llega papá —interrumpió la linda Margarita Laval—, y sabemos que usted, Noel, trabajaba en su nuevo film. ¿Cómo va eso?

—Regular —respondió el actor, fijando sus luminosas pupilas en la hija de su patrón—. El señor Laval encuentra que no hay ambiente de realidad en nuestra película, que los telones no quedaron como los ordenó y, sobre todo, cree que la cacería de ciervos es un fracaso. En cuanto a los bosques...

Laval entró en ese instante, interrumpiendo la conversación.

—A la mesa —rogó el gordo y simpático empresario—, y, por favor, que no se hable más de cine. Más tarde les comunicaré un gran proyecto.

—Nos llenas de curiosidad, papacito —murmuró Margarita.

Noel January se conducía como un hombre de mundo. Sus modales eran refinados y en todo momento guardaba la corrección de un joven muy civilizado.

Sin embargo, era un indio auténtico, nacido en la tribu CRI, del alto Canadá...

EL PEQUEÑO TAKUNGA.

SENTADO en una cómoda butaca, mientras Margarita Laval tocaba una sonata de Chopin, el joven January evocaba su infancia de niño salvaje en las praderas del Alto Canadá.

"Era un indiecito flaco, como un gato hambriento, y respondía al nombre de Takunga.

"Aun no tenía la edad suficiente para seguir a su padre, el gran jefe de la tribu CRI, el invencible guerrero Upisk (el águila), y crecía al cuidado de las mujeres de la tribu, quienes trabajaban en la confección de mantas y trajes multicolores, que sus primorosos dedos tejían en grandes telares.

"Takunga tenía siete años y sentía ya un orgullo y una fiereza masculinos. Le molestaba pasar su vida al lado de las squaws (mujeres) y despreciaba a las niñas de su edad que le invitaban a jugar.

"Surcar el río en una piragua, arrastrada por la corriente, y llevar un fusil al hombro, eran sus más vivos deseos.

"Pero Upisk se lo había prohibido y nadie en la tribu CRI se atrevía a desobedecer al temible jefe.

"Sin embargo, en una ocasión, Takunga se escurreó por entre los árboles con la sagacidad de su raza y saltó a una piragua. Sus largos y delgados bracitos apenas podían coger los remos. Pero se entretuvo tanto,



tanto, que ni advirtió que el sol se tendía en el ocaso.

"Los cazadores indios regresaban ya al campamento; el fuego de las hogueras iluminaba las pintorescas rucas y algunos muchachos danzaban y cantaban en graciosas rondas.

"De pronto Upisk se detuvo en la ribera del río y divisó a su hijo Takunga en la piragua. Su mano se deslizó hasta el látigo de duro cuero de ciervo.

"Takunga sabía que se le esperaba un cruel castigo.

"—Ven acá —dijo Upisk a su primogénito—; cometiste dos faltas: primero, una desobediencia, y segundo, ocupaste una piragua que no te pertenecía.

"El niño permaneció en silencio y recibió el castigo con valor y estoicismo prodigiosos. Los indios de

la tribu CRI aprendían desde la cuna a ser valientes.

"Ni siquiera llevó su brazo a la cara para protegerse de los latigazos y ni una lágrima vertieron sus ojitos verdes y luminosos.

"Como un perro humillado por su amo, el muchachito se escurrió a un rincón de la ruca, sin atreverse ni a friccionar su cuerpecito magullado por los azotes.

"Upisk tenía aquella noche reunión con los notables de la tribu.

"Antes de iniciar su discurso, el gran jefe encendió el calumet (pipa) en una brasa, lo alzó en las cuatro direcciones de los puntos cardinales y lo ofreció a los que le rodeaban.

"Terminada esta ceremonia, Upisk volvió los ojos hacia el pequeñuelo, que se reclinaba sobre una piel de oso, le llamó y le tendió el calumet.

"Encantado por aquel homenaje que su padre le hacía en presencia de los notables de la tribu CRI, el niño olvidó sus dolores y tomó asiento al lado de los jefes de la tribu."

—¡Qué soñador estás! —exclamó Domingo Laval, colocando su mano en el hombro de Noel January—. Pareces un niño en la berlina...

—Bailemos —sugirió la linda Margarita Laval—; creo que usted se durmió con la sonata de Chopin, mi querido Noel. Colocaré un disco...

El esbelto joven sonrió y dijo suavemente:

—Evocaba sólo viejos recuerdos...

—Comprendo —replicó Héctor Laval, el empresario de cine—. ¿La perspectiva de hacer un film de pieles rojas te entristece, amigo Noel?

—Papacito —interrumpió Margarita—, ya te decía yo que a Noel no le agradaría revivir los tiempos en que era el indio Takunga.

—No me desagrada —suspiró Noel—; pero me recuerda hechos muy dolorosos. Será difícil describir la vida del indio canadiense. Necesitaríamos espacio, manadas de lobos hambrientos, de osos y ciervos...

—Se alquilarán en un circo —insinuó Luciana Laval.

—Eso, mamacita —observó su hija—, sería lo mismo que hacer el film con animales de trapo. Oígame, Noel, ¿luchó usted alguna vez con manadas de lobos o de osos hambrientos?

—No tenía edad para luchar —explicó tristemente el joven artista—; pero guardo de ellos un recuerdo siniestro. Una tarde, mi madre se apartó imprudentemente del campamento y... No hablemos de ello...

—¡Su pobre madre! —exclamó Margarita—. Nunca antes nos refirió ese suceso.

—La atacó un oso gigantesco —prosiguió Noel—, y aunque yo alcé mi látigo para espantarlo, la fiera la devoró ante mi vista.

—¡Pobre Noel! —suspiró Margarita, estrechando la mano de su amigo.

—¿Por qué evoco esta noche mis pasadas penas? —balbuceó Noel, con el semblante desencajado por la emoción—. Después, un indio favorecido por mi padre con el título de notable le atacó a traición. Lo demás ya lo saben ustedes. El malvado Atak me vendió como esclavo a una tribu nómada; me maltra-

taron crueles amos; sufrí hambre y miserias infinitas, hasta que una noble dama se interesó por mí; me bautizó con el nombre de Noel January y me colocó en el colegio donde tuve la felicidad de tener por compañero a Domingo, a mi hermano Domingo Laval, quien me protegió, me dió su amistad y me introdujo en el estudio de su padre.

—Lo cual fué una suerte para nosotros —comentó el empresario Héctor Laval—; eres famoso gracias a tu talento cinematográfico, hijo mío... ¿Crearás que muchos amigos sostienen que tú no eres indio? Aseguran que tus danzas y cantos son falsificaciones y que nada más que por "snobismo" declaras que perteneces a la tribu CRI del Canadá.

—No reniego de mi raza —murmuró Noel January—; pero tampoco deseo mi regreso a la vida salvaje de mis antepasados, ni adoptar sus costumbres y supersticiones.

—Basta de trágicas evocaciones —dijo la encantadora Margarita—. Bailemos, Noel. Para nosotros es usted casi un miembro de la familia y todos le queremos.

—Domingo es mi hermano —asintió Noel—; ambos hicimos el juramento de sangre y ni la muerte podrá separarnos.

Mientras la pareja de bailarines se deslizaba por el salón, Héctor susurraba a su esposa Luciana:

—Noel January es el más bello tipo masculino que tengo en mis estudios. Temo que le perviertan... Hay tantas vampirasas...

—Mi temor es otro —murmuró Luciana—. Mar-

garita siente un gran cariño por él, y en cuanto al pobre Noel, creo que adora a nuestra hija.

—No digas tonterías, Luciana —replicó inquieto Laval—. Noel nunca olvidará que en realidad es el indio Takunga...

—El corazón no se manda —declaró Luciana.

La señora de Laval, con el instinto proverbial de las madres, adivinaba la verdad. Noel January sentía un afecto rayano en la idolatría por Margarita, y mientras bailaba con ella, su corazón desbordaba de emoción.

—Está usted triste hoy —decía la linda joven a su compañero de baile.

—Triste no —suspiró el indio civilizado—; pero a veces siento que, a pesar de la bondad de ustedes, soy de otra raza. Tengo en mis venas la tristeza del indígena y veo la diferencia...

—No es por culpa nuestra que la siente —replicó vivamente Margarita—. Es usted para nosotros un hermano querido.

—Un pobre huérfano a quien ustedes enseñaron el calor de un hogar —manifestó Noel—. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué? —interrumpió la joven.

—No puedo esperar que una niña blanca quiera ser la esposa de un indio de la tribu CRI. El estigma de mi raza me niega toda esperanza.

Margarita le miró fijamente y murmuró:

—Prejuicios, nada más, Noel... Terminó el baile. Papá nos llama. Seguramente iniciará la conversación sobre el nuevo film.

EN VIAJE A LA REGION DE
LOS PIELES ROJAS

LOS bosques de Beverley daban la nota cobriza del otoño y las aves migratorias formaban sus brigadas para partir en busca de climas más suaves.

Allá, lejos de las rutas polvorientas y del rumor ciudadano, Héctor Laval estableció un campamento para realizar el gran film "EL AGUILA DE ORO", en el cual Noel January (Takunga) representaría el importante papel del héroe piel roja.

Una ruca muy alta y puntiaguda se destacaba en un claro del bosque, y alrededor de ella se agrupaban los indios preparando sus meriendas y afilando sus armas. Empresarios y fotógrafos colocaban tableros, focos luminosos y aparatos para graduar la luz y el sonido.

—Cuidado con la fogata —vociferaba un inspector—, que pueden incendiar el bosque.

—¿Qué piensas de la decoración, Máximo? —preguntó Héctor Laval a uno de sus socios de la Compañía "Artistas Internacionales".

—Magnífica —respondió Máximo—; pero el mejor juez será su amigo, el joven indio.

—Noel, Noel —gritó Laval—. ¿Dónde estará ese muchacho?

De una tienda de campaña, que nada tenía de



indígena, se asomó un joven con el torso desnudo, lleno de tatuajes y teñido de color cobrizo.

—Aquí estoy —replicó Noel January, saliendo de la tienda con un aderezo de plumas de águila en la cabeza—. ¿Me necesitaba usted, señor Laval?

—¿Aun no vistes tu traje para la danza? —interrogó Laval—. Queríamos preguntarte qué opinas de esta decoración.

—Bien, muy bien —dijo Noel con indiferencia.

—Te ruego que pases revista a los figurantes, Noel —prosiguió el empresario Laval—, antes que comiencen a filmar.

—Con todo gusto —manifestó Noel—; pero, ¿dónde están esas damas?

—Ya llegarán —repuso Laval—. Ahora estudiaremos la manera de fotografiar las fogatas.

La máquina cinematográfica no cesaba de dar vueltas, tomando los paisajes del campamento indígena.

Laval y sus hijos, Domingo y Margarita, se entusiasmaron con el panorama. De súbito, se escuchó la música de una orquesta indígena y entró a la escena Noel January bailando la famosa "danza del calumet" (pipa). Los collares y los brazaletes saltaban con ruido de cascabeles, en tanto que el esbelto joven ritmaba sus pasos, daba vertiginosas volteretas y terminaba en una danza frenética. Súplicas al dios de la lluvia, reproches vehementes y adoración fanática se reflejaban en sus finas facciones y en su cuerpo elástico como el de una serpiente.

Por fin el Gran Espíritu, WAKANDA, escucha su invocación, y avanza otro indio personificando la nube que trae la lluvia bienhechora. El invocador cae con la faz en tierra y el dios de la lluvia le cubre con su manto fecundador.

—¡Maravilloso, admirable! —exclamó Domingo cuando terminó la danza.

—No hay tal —le contradijo Héctor Laval—; es preciso comenzar de nuevo...

—Pobre Noel —intervino Margarita—; estará fatigado.

—Ese falso piel roja malogra todo —protestó el empresario—, y tanto que me aseguró que conocía perfectamente la "danza del calumet".

El ensayo de las canciones indígenas tampoco satisfizo al exigente Laval.

Cuando ya anochecía, Noel y la familia Laval partieron para el hotel de Beverley Hills, donde se hospedaban durante la preparación del grandioso film "EL AGUILA DE ORO".

El actor, impecable en su traje de etiqueta, comía en la terraza del suntuoso hotel con sus amigos y protectores.

—Papá —decía Domingo a Héctor Laval—; ¿por qué tanto descontento? Hace días, te manifestabas muy optimista.

—Evidentemente —contestó su padre—; la técnica es magistral; pero hay cierta monotonía que no está de acuerdo con la trama. Y esos figurantes tan fríos, tan falsos... Ahora pienso en la manada de ciervos... Resultará un total fracaso.

—Los ciervos correrán como lo hacen en la pradera —insinuó Domingo—. Esos animales, por lo menos, serán auténticos.

—No lo dudo —declaró Laval—; sin embargo, tendría que movilizar centenares de ciervos, y, en vista del primer ensayo, Máximo cree que vamos a un fracaso.

—¿Y qué piensas hacer? —interrogó Margarita.

—Ir a la pradera del Canadá y tomarlos allá en estado primitivo —replicó su padre.

—Tendrías que llevar a todos los figurantes —opinó Margarita.

—Por el contrario —contestó el empresario—;

allá tendré pieles rojas auténticos y no esa pacotilla de indios improvisados.

—¿Y Noel, que hace el papel de cazador? —le preguntó su hija.

—Le llevaré —repuso Laval—. Noel es indispensable.

—¿Piensa enviarme al Alto Canadá? —interrogó Noel, emocionado.

—Sí, hijo mío— confirmó el empresario—. Así el film "EL AGUILA DE ORO" tendrá una resonancia mundial. De acuerdo con Máximo, te ofreceremos una remuneración soberbia.

—¿Y mis otros compromisos con la Fox y la RKO? —insinuó January.

—Abandónalos —replicó Laval—. Ellos te dan papeles secundarios, en tanto que conmigo serás un artista famoso, émulo de Boyer y Harry Baur. Firmaremos un contrato magnífico.

—Antes de aceptar —manifestó Noel—, deseo saber dónde me llevará usted, señor Laval, porque ni por todo el oro del mundo regresaría a la región donde vivieron mis padres.

—Es claro, papacito —intervino Margarita—. Noel tendría mucha pena.

—Nadie irá al lugar ocupado por la tribu CRI —exclamó Laval—. Yo necesito un bosque donde existan muchos ciervos o caribus, como los llaman en el Canadá, y algunos indios, no muy salvajes, para que formen la decoración.

—Para fotografiar a los caribus es preciso partir inmediatamente —aconsejó el actor—, porque más en-

trado el invierno esos animales emigran a la región de los lagos.

—¿Quién nos impide emprender el viaje la semana próxima? —expresó el empresario—. Tú nos orientarás, querido niño, en esos sitios agrestes.

—Llévanos a nosotros también —suplicaron a un mismo tiempo Margarita y Domingo Laval.

—Hijos míos —manifestó su padre—, no vamos



en viaje de placer. Observen a Noel... ¿Se refleja acaso en su semblante la alegría de partir? Llevaré el mínimo de personas y de equipaje. El mecánico Cipriano, Noel y yo. Nadie más. Tal vez el pequeño Jacko...

—Deja a Jacko —le imploró Domingo—. Yo sé

tanto como él, y estaría tan feliz de hacer un viaje en compañía de Noel...

Después de la comida, los dos hermanos y el joven actor paseaban por las avenidas del hotel.

—¿No estás contento, Noel? —preguntaba Domingo—. Yo estoy loco de alegría.

—A mí me parece excelente la idea de viajar en tu compañía —suspiró Noel—; pero me aterra el pensamiento de volver a esas regiones donde sufrí tanto y donde me vendieron como a un animal y me trataron como esclavo. Estaba tan bien aquí...

—Volveremos pronto —argumentó Domingo—. A lo sumo dentro de un mes y medio.

—¿Estás seguro de que yo regresaré? —interrogó temblando Noel—. Margarita, repítame usted que volveré... Tengo un presentimiento fatal. En este momento sale la luna por el lado izquierdo...

—Noel, es usted un niño supersticioso —murmuró suavemente la joven—. Volverá y su fama de artista crecerá. Será el favorito de todos los públicos y...

—Y... —repitió Noel, contemplando el lindo rostro de Margarita—. Seré siempre el indio civilizado, el muñeco de la pantalla que divierte al público y emociona por un instante, nada más.

—No te entristezcas, hermanito —exclamó Domingo—. Iremos juntos y yo te defenderé de esas ideas pesimistas.

—Aquí le esperaremos, Noel —añadió Margarita—, y confíe en que no le olvidaremos.

A última hora, Héctor Laval enfermó, y como el viaje estaba ya decidido, Domingo, Noel y el mecá-

nico-fotógrafo, Cipriano, se embarcaron en el buque que los llevaría al Canadá.

Noel January iba triste y pensativo. No así Domingo, que irradiaba felicidad y se divertía mucho durante la travesía.

—Parece que tienes temor de ir allá sólo conmigo y Cipriano —decía el joven Laval a su melancólico amigo—. Tienes un aspecto de...

—Salvaje —insinuó Noel—. Dilo claramente, Domingo... Toda esta gente que me observa y examina me desespera. Pero hablemos mejor de nuestros proyectos. Para llegar a Edmonton tendremos que tomar el ferrocarril de Atabasca, si la vía férrea no está aún cubierta por la nieve. Son más de ochocientos kilómetros.

—¿Cómo lo sabes tú? —interrogó Domingo.

—Mientras ustedes bailaban y jugaban —explicó Noel—, yo estudié el mapa que me facilitó el capitán y también conversé con varios oficiales que efectuaron ese viaje en otras ocasiones. Nos dirigiremos a la tribu de los CUCHILLOS AMARILLOS.

—¿Esa región está lejos de la tribu CRI? —preguntó Domingo.

—Muy lejos, y en un lugar donde abundan los caribus... Hay mucha nieve y es preciso cubrirse de gruesas pieles.

—Magnífico —aplaudió el entusiasta joven—. Haremos cuenta que practicamos esquí como en el invierno pasado.

—Famoso esquí —se burló Noel—. Allá no tendrás lindas compañeras en trajes deportivos ni trineos

de gala. Nos hospedaremos en pestilentes rucas, llenas de bichos, comeremos carne asada al palo y ocuparemos trineos tirados por perros.

—Mejor que mejor —asintió Domingo—. Será una diversión nueva para mí. Ojalá estuviera ya entre los salvajes.

—Por mí estuviera ya de regreso —suspiró Noel.



EN EL PAIS DE LOS PIELES
ROJAS

A pesar de los esfuerzos que hacía Domingo Laval por distraer a Noel January de su melancolía, el joven indio permanecía pesaroso y rehuía la amistad con los pasajeros del barco que les conducía a las regiones habitadas por pieles rojas.

Poco después, los viajeros llegaron al Alto Canadá.

Dos carpas de pieles, alquitranadas por fuera, resguardaban a los excursionistas del frío glacial de esas regiones.

—¡Por el Santo Cristo! —quejóse el gordo Cipriano, saliendo de la carpa—; aquí se necesita una calefacción central. Estoy helado de pies a cabeza.

Cipriano era el fotógrafo-mecánico que acompañaba a Domingo Laval y a January; individuo de carácter alegre y de robusta naturaleza, resultaba un compañero ideal para los jóvenes.

En la ciudad de Edmonton, Noel y su amigo contrataron como guía a un mestizo llamado Lorenzo, quien compartía con Cipriano una de las carpas.

—Y todavía tendrá que helarse más —manifestó Lorenzo a la exclamación de Cipriano—. Ya vendrá la nieve.

—Maldita nieve —murmuró el fotógrafo.

—No, señor, buena nieve —contradijo el mestizo—; es mejor, porque el lago se hiela y se corre en trineo sobre él.

—Pobres perros —observó Cipriano—, no es posible que duerman a la intemperie cubiertos de nieve.

El guía se aproximó al grupo de lanudos mastines, tendidos sobre la tierra helada, y les acarició.

Molly, Lince y Glotón alzaron sus puntiagudas cabezas y mostraron sus dientes de lobo. Los otros tres perritos continuaron su sueño sin moverse.

—Ya es tiempo de uncirles a los trineos para emprender el viaje temprano —sugirió Cipriano—. Los patrones, sin embargo, aun no despiertan, me parece.

A pesar de tal observación, en ese instante se escuchó la voz melodiosa de Noel January, quien entonaba una canción melancólica.

—Don Noel despierta al señor Laval con su lindo disco —murmuró el gordo mecánico—; nunca oí una voz más bella que la de ese joven.

Por la ventanilla de la carpa apareció la cabeza del actor y, tras él, la de Domingo.

—Nieva —exclamó el joven Laval—. ¿No te recuerda este paisaje el campo de esquí de Searle?

Noel no respondió.

La nieve evocaba para el indio Takunga otros momentos punzantes y dolorosos.

Recordaba que un día como éste, su padre, el jefe Upisk, partió de caza en busca de un oso maligno. El niño le suplicó que le llevara; pero el jefe se negó a ello. Ahora, Noel revivía su partida, solo, con un viejo fu-

sil en la mano y dejando la huella de sus mocasines en la nieve. Upisk no volvió más.

La alegre voz de Laval distrajo al joven de sus tristísimos pensamientos.

—¡Ánimate, hermano —rogó Domingo—. Cipriano y Lorenzo tienen ya lista la “carroza”.

—Primero el desayuno —replicó sonriendo Noel—. Los termos están calientes y pronto nos despacharemos.

—¡Qué vida más encantadora! —suspiró su amigo—. Me parece un sueño...

—Del que quisiera estar despierto ya —interrumpió Noel—, y estar de nuevo en Beverley al lado de tus padres y de Margarita.

Ambos jóvenes vistieron trajes acolchados con cuellos de pieles y gorros de cuero.

Para la excursión llevaban dos trineos con maletas, utensilios domésticos, víveres, cobertores y con todos los aparatos cinematográficos que necesitaban para el proyectado film “EL AGUILA DE ORO”.

El mestizo abrió la marcha conduciendo a los perros del primer trineo, mientras Noel iba atrás maniobrando el vehículo.

Laval y Cipriano seguían con el segundo trineo, y como novicios, a cada momento tropezaban y caían sobre la nieve, lo cual provocaba risas y bromas graciosísimas.

—¿Dónde están los indios de trajes brillantes y atavíos de pluma? —embromaba Domingo a Noel—. Hasta aquí sólo se encuentran indígenas miserables y harapientos, cubiertos apenas con trajes europeos.



—Espera un poco —reprochó su amigo—. Cuando lleguemos a las regiones donde no van los turistas y los mercaderes, ya verás indios auténticos. El frío les obliga a vestirse con pieles y cueros pintados con vistosos colores.

A mediodía, los viajeros se detuvieron a descansar y Noel les refirió la hermosa leyenda de los CUCHILLOS AMARILLOS, tribu a la cual llegarían al día siguiente.

—En el principio del mundo —contaba el joven indio— hubo un solo hombre y éste era un PIEL ROJA. Como quisiera casarse, el Gran Espíritu metamorfoseó a una perdiz en mujer y se la dió por esposa. Esta mujer condujo a sus hijos a un sitio donde había un metal amarillo; con este metal fabricaron cuchillos que les sirvieron para trozar la carne de caribus (cier-

vos). Para dar consistencia al metal, los hijos de la mujer-perdiz hundían los cuchillos en la sangre caliente de los renos. Estos indios fueron los mejores cazadores y, desde los países altos hasta la pradera donde los caballos y los hombres corren desnudos, no hubo guerreros más audaces.

"Transcurridos varios siglos, la tribu de los CUCHILLOS AMARILLOS emigró hacia el Sur; pero una pequeña parte de los descendientes del primer hombre y de la mujer-perdiz quedaron al Norte del Lago de los Esclavos, y es hacia allá donde nos dirigimos nosotros.

—¿Qué pasa? —gritó de pronto Domingo—. Los perros aúllan y oí un lamento.

—Un oso, tal vez —contestó Noel, cogiendo su fusil.

Lorenzo, que mientras tanto avanzó algunos pasos en la nieve, les advirtió:

—No es lobo ni oso... Es una mujer india.



LA TRAGEDIA DE LA MUJER INDIA

AL escuchar la explicación del mestizo, Domingo y Noel corrieron hacia el punto donde se encontraba la indígena.

Envuelta en un chamanto floreado, la infeliz parecía próxima a expirar.

—Llevémosla junto al fuego —sugirió Laval.

Trasladada al sitio donde los viajeros tenían su carpa, el joven actor entreabrió el chal que cubría el cuerpo y parte de la cabeza de la mujer.

Una triple exclamación de espanto y de sorpresa brotó de los labios de los tres hombres.

La joven apretaba contra su pecho a un bebé muy pequeñito y rojo.

El chiquitín abrió sus ojitos negros y comenzó a llorar. Su llanto despertó a la madre, quien, sin soltar al niño, se incorporó y lanzó atónitas miradas a los que la rodeaban.

Hizo un movimiento para huir, como una gacela tímida; pero Cipriano la sujetó, ofreciéndole una taza de té caliente con algunas gotas de coñac.

Lorenzo cogió en brazos al tierno infante y le mecía suavemente.

—¿De dónde vendrá esta pobre mujer? —preguntó el fotógrafo.

—Tal vez se extravió en los bosques —opinó Domingo.

—No —explicó con tristeza Takunga—: las mujeres indias nunca se alejan voluntariamente de sus reductos. Se trata de una costumbre horrible, de una superstición absurda y cruel.

Entretanto, Lorenzo hablaba a la india en el idioma de los pieles rojas.

—¿Qué dijo? —inquirieron los demás.

—Es tan horroroso lo que me cuenta —suspiró el mestizo—, que me dan escalofríos... Los indios de la tribu CUCHILLOS AMARILLOS son unos salvajes. Figúrense ustedes que arrojan fuera del reducto a las mujeres que dan a luz y sólo les permiten volver cuando la criatura cumple dos meses de edad.

—Pocas serán las que resistan a esa dura prueba— exclamó compadecido el hijo del empresario—. Noel, ¿también en la tribu CRI adoptan esas costumbres inhumanas?

—No —declaró el interrogado—; esas supersticiones ya no existían en la tribu de mi padre. Se contentan con encerrar en una ruca aislada a la madre que alumbra, y sólo se acercan a ella para proporcionarle alimento.

—Esta mujer dice que aun le falta una semana para volver a su campamento —agregó en ese instante el guía—. ¿La dejaremos aquí?

—Por cierto —aprobó Noel—. Ella nos guiará hacia la tribu de los CUCHILLOS AMARILLOS.

La joven india recuperó sus fuerzas y pronto se

la vió que cantaba dulcemente para adormecer a su lindo **papus** (bebé).

Cipriano opinó que el episodio de la india resultaría magnífico para el gran film "EL AGUILA DE ORO". Por lo tanto, durante todo el día los expedicionarios rodaron escenas de la película.

La mujer indígena, que era hermosa y arrogante, formaba un cuadro muy interesante y pintoresco.

Noel permanecía alejado y melancólico.

"La tragedia de esta pobre madre —pensaba—, su martirio, provocado por las supersticiones de nuestra raza, servirá para divertir a las mujeres civilizadas. Acaso Margarita Laval derramará una lágrima de compasión ante esta escena conmovedora, y pensará lo terrible que es pertenecer a la raza india. Recordará también que su amigo Takunga es un indio, nada más que un miserable indio..."

A la mañana siguiente, los viajeros equiparon nuevamente sus trineos y partieron en dirección a la tribu de los **CUCHILLOS AMARILLOS**. La joven india ocupaba un asiento en el trineo de los equipajes.

Mientras se internaban por los bosques nevados, crecía la inquietud de Cipriano.

—¿Cree usted, señor January, que esos salvajes nos recibirán con agrado? —preguntaba el gordo mecánico—. ¿Y si nos cogen a tiros de fusil?

—Los pieles rojas del Canadá no son belicosos —le comunicó Noel—, y menos aún con los extranjeros. En general, los blancos se hacen amigos de esas tribus nómades, viajan con ellas en busca de caza y aprovechan sus trineos y sus perros.



—Les haremos regalos —sugirió Domingo.

—Eso sí que será necesario bajar a la joven madre antes de llegar a la aldea —intervino Lorenzo—, porque aun le faltan varios días para terminar su destierro.

El cielo se cubría de sombras cuando los viajeros divisaron en lontananza un sinnúmero de luces provenientes de las hogueras indianas.

Era un aspecto fantástico el que se presentaba a la vista, desde la cima de la colina.

Tras una alta empalizada circulaban los indios, cubiertos de pieles y de cueros pintarrajeados. Los tambores y las flautas resonaban con estridencia.

—Ahora verán ustedes indios auténticos —dijo Noel a sus compañeros.

—Por fin —observó Domingo—; ya es tiempo de trabajar seriamente.

—Considero prudente enviar al mestizo como emisario —aconsejó el actor—, a fin de que hable con los jefes de la tribu.

Lorenzo, orgulloso de su misión de parlamentario, entró por la puerta de la empalizada y pronto volvió escoltado por un individuo cuya cabeza, hombros y espaldas desaparecían bajo la piel de un lobo negro. Tenía el rostro cubierto de tatuajes y pinturas amarillas y verdes.

—Es el hechicero de la tribu —murmuró Takunga—, o si ustedes quieren, el médico jefe.

—Nos echará una suerte o un mal de ojo —susurró Cipriano.

—No —explicó Noel—; viene en busca nuestra para presentarnos al jefe de la tribu.

El hechicero avanzaba con suprema majestad, arrastrando su larga túnica de lana bordada. Calzaban sus pies zapatillas de fino cuero adornadas con cuentas y perlas falsas.

—Buenas tardes, buenas tardes —musitó el brujo, en jerga mitad francesa y mitad indígena.

Y sin pronunciar una palabra más, se puso en cuclillas sobre la nieve, indicando a los demás que le imitaran.

En seguida sacó de su bolsillo una larga pipa, la taconeó con tabaco y la colocó entre sus labios.

En el acto los viajeros comprendieron que los asuntos serios se trataban fumando, y cada cual prendió su cigarrillo o una pipa.

January se apresuró a ofrecer su encendedor automático al hechicero, quien pareció fascinado por el briquet de oro.

Domingo refrenaba su deseo de soltar la risa y Cipriano se impacientaba.

Por fin habló el indio en voz baja y profunda.
Sólo Noel y Lorenzo comprendían su lenguaje.

—¿De dónde vienen ustedes?

—De Edmonton.

—¿Son mercaderes? ¿Qué venden? ¿Qué compran?

—No compramos ni vendemos. Traemos regalos.

—¿A quién?

—A quienes nos den los informes que necesitamos.

—Aquí no se permite la caza —declaró el hechicero—. Cada familia tiene su distrito. No hay lugar para más gente.

—Nuestro único deseo es ver el paso de los caribus (ciervos) —expresó el joven artista.

—Pasan por aquí y por acullá, muy lejos hacia el Este —respondió el brujo.

—Los señores solicitan que algunos CUCHILLOS AMARILLOS les acompañen —explicó el guía.

—Los hermanos blancos tienen permiso para seguirnos —concedió el médico indio—; partiremos pronto a cazar caribus.

—Nuestra intención es retratarlos y no matarlos —manifestó Takunga.

El ojo negro y penetrante del hechicero se fijó en el rostro moreno de Noel January, y en seguida le preguntó:

—¿De qué país es mi joven hermano?

—De California.

—¡Ah! —murmuró el viejo, convencido de que Noel le engañaba.

—Traemos regalos de plumas, bufandas de seda, tabaco y otros objetos para los CUCHILLOS AMARILLOS que nos acompañarán —prosiguió el actor.

El indio, astuto y suspicaz, creyó que los extranjeros mentían; pero como era prudente y político, no manifestó sus sospechas. ¿Cómo era posible creer que esos blancos venían de tan lejos a retratar un rebaño de caribus?

El hechicero se levantó con gran dignidad para poner fin a la entrevista y, ya de pie, dijo solemnemente:

—Cuando aparezca la luna, Oskawa recibirá a mis hermanos blancos en su tienda. Su corazón será bueno para ellos.

Después dió una mirada circular a los hombres, a los perros y a los trineos y se alejó hacia el reducto indígena.

—Ya tenemos autorización para saludar al jefe Oskawa —expresó Noel—. Les recomiendo que no gasten familiaridad con los CUCHILLOS AMARILLOS. Son muy severos y no admiten bromas ni intrusiones.

—Con tal que esos indios nos lleven a la región de los caribus —repuso Domingo—, soportaremos sus costumbres y excentricidades.

—Y sus malos olores —añadió Cipriano—; ese viejo carnavalesco olía a corral.

El actor guardó silencio. Le avergonzaba la opinión de sus compañeros sobre una tribu hermana de la suya.

LA HERMANA DE TAKUNGA

NOEL, su amigo Laval, el fotógrafo y el mestizo, muy envueltos en sus abrigos de pieles, se arreglaron para acudir a la tienda del jefe Oskawa, a la hora indicada por el médico de la tribu.

En la puerta de la alta empalizada estaban situados varios guerreros que les dieron entrada, formando arcos con sus lanzas.

Domingo se imaginaba la emoción de su compañero al reunirse con aquellos hombres a quienes se asemejaba física y tal vez moralmente, a pesar de su espíritu culto y civilizado.

En la tienda se encontraba un Hércules, con atavío de plumas que sujetaba sobre su frente con una diadema de vistosas piedras.

—Entrad, amigos —invitó el indio—. Soy el jefe Oskawa. El médico de la tribu me habló de vosotros.

Noel respondió al saludo del jefe y le obsequió un encendedor de cigarrillos de metal dorado.

Oskawa señaló a los blancos un sitio, tapizado de pieles de oso, junto al brasero que daba tibieza al ambiente.

El actor aconsejó previamente a Domingo Laval que imitara todos sus actos.

Por lo tanto, ambos jóvenes se inclinaron ante el escudo de armas de Oskawa, y luego acercaron a sus



labios el calumet (pipa) que el jefe les ofrecía.

Una joven india entró a la tienda tras los expedicionarios, y presentó a Noel un tizón rojo para que encendiera su pipa.

Al hijo del empresario le llamó la atención la belleza de la muchacha. Sus facciones no eran chatas como las de los CUCHILLOS AMARILLOS. El óvalo de su cara era fino, la nariz perfilada y los ojos pardos. Dos trenzas negras encuadraban su rostro apenas cobrizo y muy sonrosado en las mejillas.

—Hermano, qué linda niña —observó Domingo—. Una beldad...

La indiecita pareció comprender la expresión admirativa de Laval y, bajando los ojos, se reunió con las otras mujeres en un rincón de la tienda.

Sin embargo, a otra vuelta del calumet, la joven indígena se adelantó de nuevo y sus miradas se fijaron con estupor en un fino tatuaje que Takunga tenía en el brazo.

Este figuraba una pequeña serpiente azul enrollada en espiral.

Noel no recordaba cuándo le hicieron esa marca, pero sabía que era un adorno que toda su familia llevaba en el brazo derecho.

Como la muchacha continuara con la mirada fija en el tatuaje de su brazo, el indio civilizado alzó sus ojos y la joven lanzó una exclamación que ahogó inmediatamente.

La conversación de Oskawa se desarrollaba entretanto en forma por demás amistosa. Los CUCHILLOS AMARILLOS prepararían una merienda a los viajeros y, al día siguiente, dedicarían grandes fiestas en su honor.

Cuando se reunieron otra vez en su carpa, Domingo dijo a January:

—Hechizaste a la indiecita, Noel... Tenía los ojos fijos en ti y parecía muy emocionada... ¡Una hermosa conquista, hermano!

—Ten cuidado —replicó el artista—. Los indios son muy celosos y no permiten devaneos con sus mujeres. Ya sabes tú que en las tribus de pieles rojas la mujer es un ser inferior, o, mejor dicho, una esclava. Mañana presenciarás escenas típicas de nuestra raza... ¡Qué deseos tengo de que transcurran los días pronto y regresemos a Beverley! Todo esto me fastidia...

—Lo comprendo, amigo mío —contestó el sim-

pático Laval—. pero no seas tan impresionable. De aquí a un mes bailaremos swing en el mejor hotel de Hollywood.

A la mañana siguiente, después de un succulento desayuno, los cuatro hombres se dirigieron al campamento de los indios.

Cipriano y Lorenzo manejaban las máquinas fotográficas y tomaban todos los cuadros coreográficos. Realmente, la danza al dios ISKU-WAPU, rey de la selva y de los animales, fué algo maravilloso.

En medio de la fiesta, el hijo del empresario propuso a Takunga que bailara la "danza del fuego". Vestido con su traje de indígena, January asombró mucho a los CUCHILLOS AMARILLOS con ese baile que tantos aplausos cosechó anteriormente en los centros americanos de mayor prestigio.

El film se desarrollaba magníficamente y el fotógrafo juraba que jamás el cine alcanzaría un éxito más rotundo.

—Será la película más notable del año —afirmaba el gordo mecánico.

Sólo Noel se sentía deprimido y triste.

Apenas terminaron los agasajos de los indios, corrió a su carpa, se bañó nuevamente y se despojó de los atavíos que le repugnaban.

Aun no acababa su toilette, cuando el mestizo advirtió a Noel que una joven india quería hablar con él.

Domingo y el actor salieron juntos de la carpa.

La indiecita se prosternó ante los jóvenes y con su frente tocó los mocasines de ambos.

—Que mis hermanos blancos sean buenos de co-

razón con PLUMA BLANCA —murmuró en inglés.

Laval se inclinó y cogió a la muchacha por los hombros para alzarla del suelo.

—De pie, hermanita —exclamó—. ¿En qué podemos servirte?

Pluma Blanca avanzó hacia Takunga y le dirigió algunas palabras en lengua CRI.

El joven fingió no comprender ese idioma.

—Mi hermano no es de raza blanca —prosiguió la indígena—. Pluma Blanca lo sabe. La serpiente se lo dijo... Sus palabras son torcidas... El guerrero que bailaba la "danza del fuego" es hijo de la selva.

—¿Qué te cuenta? —interrumpió Domingo, muy intrigado—. Parece que tú tampoco la entiendes...

Sin responder, Noel tomó del brazo a Pluma Blanca y entró con ella a la carpa.

—¿Qué buscas en el campamento de los hombres blancos? —la interrogó Noel.

La joven se quitó su abrigo de piel de oso y el capuchón que cubría sus magníficos cabellos, y apareció vestida con una preciosa túnica blanca adornada de franjas rojas y verdes.

—Ved mi traje de novia —exclamó—; Pluma Blanca debe casarse esta noche con Shegawase, el hijo del jefe... Pero ella prefiere morir.

—Asunto grave —razonó Laval, encantado con la niña indígena.

Noel no tenía deseos de embromar y dulcemente cogió una mano de la joven y le preguntó:

—¿Cómo es que Pluma Blanca habla tan bien el idioma de los blancos?

—Durante doce lunas Pluma Blanca fué esclava de los blancos —respondió la niña inclinando la cabeza.

—¿Y cómo salió de su reducto una hija de los CUCHILLOS AMARILLOS? —inquirió el joven.

—Pluma Blanca no es de la tribu de los CUCHILLOS AMARILLOS. Pertenece a la noble y fiera raza CRI, y nunca será la esposa del hijo de Oskawa.

—¿Y qué podremos hacer por ti? —indagó Domingo.

—Llevarme lejos... Yo corro tanto como los perros de tiro —contestó la muchacha.

—¿Y a dónde irías?

—Volvería a mi país y tú vendrías conmigo —replicó Pluma Blanca, dirigiéndose a Noel—. Tú vendrás conmigo, porque tú eres de la altiva tribu CRI. El otro caballero es blanco... Tiene ojos claros, cabellos rubios y no es hermano tuyo.

—¿Cómo lo sabes? Tú no me conoces —manifestó January.

—Sí —añadió la indiecita—; yo vi en tu brazo la serpiente azul, ese tatuaje que nadie lo borrará, ni aun los médicos de los hombres blancos.

Pluma Blanca alzó la manga de su túnica y mostró en su brazo derecho el mismo dibujo que se veía en el de Takunga.

Instintivamente, éste levantó también su manga y lució idéntica marca, sólo que en la suya la cabeza de la serpiente tenía una diminuta pluma de avestruz.

La joven entonces llevó la mano de Noel a su frente, sus ojos despedían luces; un grito de alegría bro-

tó de sus labios y cayó de hinojos abrazando las piernas del actor.

—Takunga, Takunga —balbuceó sollozando la niña.

Una intensa emoción se reflejaba en el semblante de Noel. Domingo, por su parte, sentíase conmovido ante la extraña escena.

Noel levantó a Pluma Blanca y le dijo:

—Sí, soy Takunga... ¿Y tú, quién eres? En mi familia, ni en mi tribu, jamás hubo una niña llamada Pluma Blanca.

—Los CUCHILLOS AMARILLOS me dieron ese nombre —explicó la india— cuando me rescataron en el fuerte... Mírame bien, Takunga... Yo soy tu hermana SUKI.

—Mientes —gritó el joven—. El traidor Kamaisti vendió a mi hermana Suki a una tribu nómade. Cuando yo llegué a Edmonton, un indio viejo me contó que mi hermana murió durante el viaje.

Con las pupilas agrandadas por la emoción, Pluma Blanca retiró de su antebrazo dos anchos brazaletes de perlas y mostró a su hermano una profunda cicatriz.

—Takunga —le indicó—, tú recordarás que tu perro Toya me mordió este brazo y que tú, para vengarme, le mataste con un hacha. Entonces tú eras muy valiente...

Noel colocó su mano sobre el brazo de Suki y examinó hipnotizado la cicatriz.

Evocaba el momento que describía la joven... Veía a la pequeñita luchando con el mastín rabioso. . La

veía después con el brazo ensangrentado recibiendo los cuidados del médico de la tribu, mientras él, con furia incontenible, mataba a Toya.

Impulsivamente, Noel January la cogió en sus brazos, no como un indio, sino como un hombre blanco y la besó en ambas mejillas.

—Suki, mi querida Suki —murmuró con los ojos cuajados de lágrimas.

Mientras tanto, en la puerta de la carpa, Lorenzo y Cipriano contemplaban absortos el emocionante cuadro.

—¡Qué lástima que no alcancé a enfocarlos! —exclamó el fotógrafo.

—Ya enmendará usted esa omisión —opinó el mestizo—, porque me parece que esa joven seguirá en nuestra compañía.

—O se llevará a su hermano —presagió el gordo mecánico, tristemente.



LA FUGA DE PLUMA BLANCA

—SUKI —declaró Takunga a su hermana—, te quedarás esta noche con nosotros y mañana hablaré con Oskawa.

—¿No dejarás que me case con su hijo? —preguntó angustiada la indiecita.

—No lo permitiré si ése es tu deseo —le respondió Noel.

En seguida los dos amigos, sentados junto a la estufa portátil, comentaron los dramáticos sucesos.

—Nunca me hablaste de tu hermana —decía Domingo a January.

—La consideraba muerta —repuso Noel—. Jamás me imaginé que estuviera asilada en la tribu de los CUCHILLOS AMARILLOS.

—Por lo demás —insinuó Laval—, siempre evitas hablar de tu familia.

—Quería olvidar mi pasado —manifestó el indígena civilizado— y forjarme una mentalidad nueva... Creía que ya era otro ser...

—¿Y ahora? —interrogó su compañero.

—Ahora tengo en mi corazón una angustia atroz —balbuceó Takunga—; esta hermana que me cae del cielo... Su suerte futura... Son nuevos problemas que me obligan a desenterrar el pasado... Es preciso que la defienda, que evite su matrimonio con Shegawase...

—¿Te llevarás a tu hermana sin el permiso del jefe? —preguntó Domingo.

—Sería imposible una fuga por estos caminos nevados —observó el artista—; los indios nos perseguirían.

—Sin duda —asintió el hijo del empresario—, y nos vencerían muy pronto. ¿Qué haremos entonces? Les necesitamos para que nos guíen hacia las regiones donde habitan los caribus... Sin ellos volveríamos a California sin realizar los proyectos de mi padre.

—Ya pensé en esas dificultades —contestó Noel—. Lo mejor es obrar con diplomacia. Mañana, muy temprano, antes que las mujeres de la tribu denuncien la desaparición de Suki, iré a parlamentar con Oskawa y le ofreceré el rescate de mi hermana.

—¿Cómo lo pagarás? —inquirió su amigo.

—Con todos los objetos de lujo y toda la pacotilla que adquirimos en Edmonton para congraciarnos con los pieles rojas —explicó Noel.

—¿Crees que se contentará con eso?

—Le dejaríamos también el gramófono —propuso January.

—Y si acepta, ¿qué harás con la niña? —señaló Domingo—. Supongo que no la arrastrarás a este viaje tan pesado.

—No —dijo Noel—; aunque ella está más aclimatada que nosotros a esta zona helada, creo más conveniente enviarla al convento de las religiosas de San José, en Edmonton, mientras nosotros continuamos el viaje. Después la llevaré a Beverley y comenzaré su educación moral e intelectual. Es linda, ¿verdad? Ya

veo a Suki en el salón de tu madre, hermano... Margarita, la rubia; Suki, la morena; formarán un cuadro encantador...

Domingo guardó silencio... No se imaginaba a esa muchacha indígena, por más bella que fuese, alternando con su familia.

—Basta de proyectos para el futuro, Noel —reprochó, sin embargo, con amabilidad—. Ahora a dormir, a fin de que nos encontremos con energía para abordar mañana a Oskawa.

Una mujer india acostumbra servir, aun cuando sea una princesa o la esposa de un gran jefe.

Cuando Noel y Domingo volvían de su visita diplomática al soberano de la tribu, divisaron a Suki preparando el té en un fuego encendido por ella misma.

La niña, al ver a los jóvenes, adoptó una actitud humilde y respetuosa.

—Ven acá, hermana —invitó Takunga, ofreciéndole un sitio a su lado—. Tú no serás mi sirvienta; al



contrario, yo te atenderé a ti. Todo cambiará de ahora en adelante. Serás mimada y querida. ¿Comprendes lo que te digo, hermanita?

—Tu hermana entiende que la liberaste de los CUCHILLOS AMARILLOS y que partiremos muy lejos pronto —respondió la muchacha—. Pluma Blanca agrega que no es una vieja squaw. (mujer) y que trabajará por su gusto en el campamento del jefe Takunga.

—Pobre jefe —murmuró éste—. Olvida tus ilusiones, Suki. Ahora eres hermana de Noel January, amigo de los hombres blancos, y vivirás con él en las grandes ciudades de los civilizados.

La joven inclinó la cabeza y en seguida preguntó a su hermano qué hizo con la caja de música.

Se refería al gramófono que los viajeros entregaron al jefe indio para su rescate.

—La obsequiamos a Oskawa —le contestó Domingo.

—¿A Takunga le gustaba mucho esa música? —interrogó inquieta la niña.

—No tanto como a ti —repuso sonriendo su hermano.

Pluma Blanca se prosternó ante sus pies y murmuró con respeto:

—¡Yo te saludo, oh, jefe Takunga!

Súbitamente, los perros del campamento ladraron furiosamente, y Suki, intranquila, advirtió a los jóvenes:

—Partamos pronto; esos indios son traicioneros. Vienen a buscar pelea o a raptarme de nuevo.

Lorenzo y Cipriano doblaron las carpas y colocaron el equipaje en los trineos. Ya cada cual estaba en su puesto y los perros se aprontaban a trotar por la nieve.

—Señorita —dijo el guía a Suki—, aquí tiene usted un sitio en el trineo.

—No —replicó la indígena—; yo iré junto a ustedes y les ayudaré a arrastrar el carro. Sólo las mujeres viejas van dentro de él, cuando el jefe es bueno de corazón.

—¿Y cuando no lo es? —preguntó Laval.

—Las dejan en el camino, porque de nada sirven, y los lobos las devoran —explicó serenamente Pluma Blanca—. Ya no se las necesita y estorbarían la marcha.

“¡Qué ideas tan poco cristianas! —pensó Noel—. Me dará trabajo educarla.”

Sonaban ya los cascabeles de los perros y Lorenzo chasqueaba el látigo; cuando apareció muy presuroso el hechicero de la tribu.

—Huyamos —suplicó la muchacha—. Ese viejo es muy malo.

El actor averiguó al brujo qué deseaba.

—Dos fusiles, dos fusiles —rogo el indio, levantando dos dedos.

Pluma Blanca, oculta tras un trineo, aconsejó a su hermano en inglés:

—No se los des, porque los utilizarán en contra de nosotros . . . Sal tú primero —le ordenó en seguida al mestizo—; el segundo trineo seguirá la pista que tú dejes.



Mientras tanto, el médico de la tribu explicaba a Domingo y a Noel que el hijo de Oskawa insistía en casarse con la niña indígena y que sólo la dejaría en libertad si le daban dos fusiles.

—Dale un latigazo y partamos —murmuró Pluma Blanca, siempre escondida tras el trineo.

Noel no se atrevía a golpear al hechicero y continuaba su conversación con él.

Pero, de súbito, una mano vigorosa le arrebató el látigo y lo descargó sobre la cabeza y el rostro del viejo.

—Suki, no seas cruel —gritó el joven al ver cómo su hermana se ensañaba golpeando al indio.

Y con el mismo látigo que sirvió para herir al brujo, fustigó a los perros del trineo, quienes emprendieron veloz carrera.

Los dos amigos corrieron tras ella y pronto desaparecieron por el nevado bosque.

El hechicero quedó de rodillas sobre la nieve, gimiendo de dolor y de vergüenza.

—Juro por todos los dioses que me vengaré de esa malvada india —rugió indignado.

Al atardecer, el convoy de los expedicionarios se detuvo en una quebrada y allí se instaló el campamento.

—¡Qué valiente es la señorita! —comentaba Cipriano—. No le teme ni al demonio.

—Ya lo veo —sonrió el guía—; pero lo que no comprendo es que los demás indios no salieran tras nosotros para vengar la injuria que sufrió su médico... Tú sabes, Cipriano, que el hechicero de la tribu es un gran señor.

Por su parte, Noel pensaba de igual modo que Lorenzo, y a fin de manifestar a su hermana su desagrado, no le habló una palabra durante la caminata.

En cambio, Domingo celebró con entusiasmo la varonil actitud de la joven.

Después de la merienda, Takunga dijo a Pluma Blanca:

—Acuéstate... Te preparamos un lecho de pieles dentro de la carpa.

—No —respondió Suki—. Oígo ruidos sospechosos y lejanos.

—Ilusiones —insistió Noel—; entra a la carpa y duerme.

La niña no se atrevió a desobedecer al jefe y ocupó su lecho, pero decidida a velar y no a dormir.

Una vez que advirtió que los hombres dormían, Suki se arrastró fuera de la tienda de campaña y se puso al acecho cerca de un árbol.

Un ruido imperceptible, que ni los perros ni los hombres blancos ni el mestizo escuchaban, inquietaba a la joven indígena.

¿Era un lobo? ¿Un ciervo? ¿Un hombre?

Tendida sobre la nieve, sintió vibrar la tierra.

No eran patas de lobos... Ya estaba segura. Eran indios de la tribu de los CUCHILLOS AMARILLOS que asaltarían el campamento de los blancos.

“Vienen en busca mía —pensó Suki—. Me raptarán mientras los demás duermen. No se atrevieron a atacar de día por temor a las armas de fuego. Conozco su táctica. Me amordazarán antes de que Takunga y sus compañeros despierten y huirán tan sigilosamente como llegaron. Pero no me llevarán... Nunca, jamás...”

Arrastrándose por el suelo, Pluma Blanca llegó hasta la carpa donde dormían el fotógrafo y el guía.

Colocando una mano sobre la cabeza encapuchada del mestizo, la joven india le despertó.

Lorenzo, que era mitad canadiense y mitad indio, se estremeció como un hombre blanco, pero guardó silencio como un piel roja.

—Toma tu fusil y sígueme —le dijo la muchacha.

PLUMA BLANCA GUIA A LOS VIAJEROS

EL hombre se arrastró fuera de la tienda con tanto sigilo que Cipriano no despertó.

—¿Qué sucede? —le preguntó a la niña.

—No molestemos a los demás —murmuró la indiecita al oído de su acompañante—. Son sólo dos los CUCHILLOS AMARILLOS que vienen hacia el campamento. Si les silenciarnos, no alcanzarán a llamar a los que les aguardan más lejos.

—Comprendido —musitó Lorenzo, cargando su fusil.

Suki, callada como una gata, alargó la mano y descolgó el fusil del mecánico, que dormía apaciblemente.

En seguida, la joven y su compañero se escabulleron por debajo de la carpa, hasta que lograron colocarse junto a la que ocupaban Domingo y Noel.

—Tú adelante y yo más atrás —susurró Pluma Blanca—. Estoy cierta de que vendrán.

Transcurrieron veinte minutos... De pronto crujió una rama y las dos sombras saltaron hacia la derecha.

Se escuchó entonces el rumor de una lucha, el aliento de pechos palpitantes y dos golpes contra el cráneo de los asaltantes.

Una voz, en dialecto de los CUCHILLOS AMARILLOS, amenazó quedamente:

—Si el hijo de Oskawa dice una sola palabra, mi fusil atravesará su corazón.

El combate terminó sin que se hubiera exhalado un grito de parte de los luchadores.

Atados y amordazados los dos indios, la mucha-



cha indígena despertó a los tres blancos y les pidió que no hicieran ruido.

A la luz de la lamparilla, January y su amigo contemplaron a los cautivos.

El fotógrafo fijó su vista en el brazo del mestizo.

—¿Estás herido? —le interrogó.

—El salvaje me dió una puñalada... No es gran cosa —respondió el guía.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —inquirió el actor—. Tras estos dos, llegará toda la tribu.

—No —contestó su hermana—; partamos en el acto, mientras los demás indios esperan la señal en el valle. Yo lo sé. Tienen allí cerca un trineo con los perros amordazados. Coloquemos nosotros también una mordaza en el hocico de nuestros canes, doblemos las tiendas y huyamos sin bulla.

—Tiene razón Pluma Blanca —aprobó Lorenzo—. Dejó de nevar y la luna nos guiará. Al amanecer estaremos en el distrito rival de los CUCHILLOS AMARILLOS y éstos no se atreverán a atacarnos.

Gracias a la claridad lunar, los fugitivos avanzaron rápidamente por las sierras nevadas y cerca del mediodía llegaron junto al Lago de los Esclavos.

—Tan próximos al Fuerte Francés, los CUCHILLOS AMARILLOS no nos molestarán —declaró el mestizo.

—¿Entonces desanduvimos todo el camino que hicimos en días anteriores? —protestó Takunga.

—No —replicó el guía—; este lago tiene más de quinientas millas y ahora le vemos en su confín.

Era tiempo de detenerse, pues los perros estaban

extenuados y sus patas sangraban. Los viajeros se encontraban también en un estado lamentable.

Cipriano, olvidando su reumatismo, se tendió sobre una piel de oso y se quedó profundamente dormido bajo cielo raso.

Sólo Suki se mantenía fresca y exenta de fatiga.

—El lago no está aún completamente helado —observó Lorenzo—, y pescaremos algunas truchas.

—Supongo que no nos eternizaremos a orillas de este lago —rezongó Noel.

—Por cierto que no —corroboró Laval—. Vinimos en busca de un rebaño de caribus (ciervos) y no a visitar tribus salvajes. Yo les aseguro que no soportaría otra jornada como la de anoche.

—Perdóname, Domingo —suplicó su amigo—. Yo soy el culpable, por libertar a mi hermana.

—No digas tonterías, Noel —exclamó el hijo del empresario—. Tú y yo somos hermanos y lo que a ti concierne es como si me sucediera a mí también.

Entretanto, la diligente Pluma Blanca y Lorenzo levantaron las carpas y ahora preparaban el almuerzo.

De súbito, el mestizo palideció y cayó sin conocimiento cerca de la fogata.

Los jóvenes se acercaron al herido, quien parecía poseído de altísima fiebre.

—El cuchillo tenía veneno —manifestó la muchacha indígena—. Pobre Lorenzo... No debió descuidar su herida.

—¿Y qué haremos ahora? —preguntó Domingo con desesperación.

—No dejen que se duerma —ordenó Suki—, mientras yo voy en busca de astillas de pino.

Takunga sacó de su botiquín un frasco de éter y logró que el guía recobrara los sentidos.

Pronto volvió la joven con un atado de astillas de pino rojo. Con ellas hizo un cocimiento antiséptico y aplicó sobre la herida continuos fomentos calientes.

Sin embargo, el herido seguía cada vez más enfermo y, al tercer día, Laval dijo a sus compañeros:



—Lorenzo morirá si no se opera su brazo. De nada sirven la quinina y las cataplasmas. Sería conveniente ir al Fuerte Francés en busca de un cirujano.

—Opino que sería mejor conducirlo al Fuerte —insinuó el mecánico— y buscar otro guía para llevarnos a la región de los caribus. Esperando la llegada del

médico perderíamos tiempo y, mientras tanto, Lorenzo se agrava.

—Vamos al Fuerte —asintió January—; yo dejaré a mi hermana en el convento de las religiosas de San José, que la hospedarán mientras terminamos nuestra expedición. ¿Qué piensas, Suki?

La aludida ocultó el rostro entre ambas manos y guardó silencio.

—¿Por qué no contestas? —murmuró suavemente Noel—. Cuando el jefe Takunga habla, debes responder.

La india alzó su cabeza y, mirando fijamente hacia la puerta de la tienda, dijo con acento lúgubre y profético:

—Mientras Takunga y su amigo pierden el tiempo instalando a Lorenzo en un hospital y a Pluma Blanca en una prisión, los caribus pasarán allá lejos, hacia el Oeste... Lo sé, lo veo... Allá pasarán como aludes los rebaños de ciervos y, entretanto, el viaje de mi hermano y su amigo sería inútil.

—¿Tú conoces la época en la cual pasan los caribus? —preguntó el actor.

—Sí —contestó la niña—. Cuando la luna esté llena, costearán el lago, beberán en sus aguas y proseguirán hacia la pradera... Allá lejos...

—Convendría que los aguardáramos en la pradera —aconsejó Domingo—, porque sería difícil tomar una buena película cuando se abalancen todos juntos a orillas del lago.

—El plenilunio será en tres días más —declaró

el indio civilizado—. Sólo tenemos tiempo para prepararnos a partir.

—¿Y qué haremos con el pobre enfermo? —inquirió el fotógrafo.

Suki movió los labios cual si deseara expresar alguna idea y después bajó la cabeza silenciosamente.

—Hermanita —dijo Noel—, ¿esperas que te conceda permiso para hablar? Danos algún consejo... Te escuchamos.

—Hay huellas de trineo a orillas del lago —manifestó la joven—, y también hay barcos en el lago donde aun no están heladas las aguas.

—¿Y qué adelantamos con eso? —la interrumpió Laval.

—Ofreciéndoles dinero, los barcos llevarán a Lorenzo al hospital —explicó la indiecita—. Pluma Blanca dice la verdad.

—Dirijámonos en el acto al sitio indicado por tu hermana —propuso Domingo a su amigo—. Tal vez en esos barcos encontraremos a algún cirujano que le atienda.

—Suki —la interrogó January—, ¿estás segura de llegar al muelle de los buques del Canadá?

—Sí —le respondió la hija de Upisk—; pero deseo que antes me prometas, por la memoria de nuestro padre, que no me llevarás al convento de las mujeres blancas.

—¿Tienes miedo a esas buenas religiosas de San José? —inquirió Takunga.

—Temo a todas las mujeres blancas desde que tuve una patrona que me maltrataba.

—¿En qué casa estabas tú? —averiguó su hermano.

—No sé ni cómo se llamaba la mujer —dijo la indígena—. Yo estaba para lavar platos y para ayudar a una mujer que cocinaba. Sufrí horriblemente por su maldad... Por suerte huí.

—Pobrecilla —se compadeció Domingo.

—Escucha, Suki —intervino el actor—: las religiosas no maltratan a las indiecitas, sino que las educan. Pero no te contrariaré por ahora. Sólo te pido que nos lleves hacia el embarcadero de los canadienses y que guíes el trineo que conducirá a nuestro herido.

Un relámpago de triunfo brilló en las pupilas negras de Pluma Blanca.

Antes del atardecer, entregaron a Lorenzo al capitán de un vapor mercante, quien se encargaría de trasladar al enfermo al mejor hospital del Fuerte Francés.

Por la noche, los tres hombres y la niña cenaban en el improvisado campamento a orillas del lago y se aprestaban para el largo viaje hacia la región de los caribus.

La muchacha, siempre callada y sumisa, ayudaba en todos los menesteres domésticos y sólo hablaba cuando su hermano la interpelaba directamente.

Su linda fisonomía mostraba una expresión feliz y se oían sus canturreos mientras preparaba la fogata para hacer la merienda.

Al amanecer, los dos trineos estaban listos para la dura jornada hacia las praderas del Oeste.

Eran sólo cuatro los expedicionarios que partían

en esa peligrosa excursión por los campos nevados. Pluma Blanca guiaba la marcha.

¿Hacia dónde iba esa pequeña caravana, único punto de color en medio de la extensa llanura blanca?

Cada noche se armaban las carpas, se encendían las estufas y los viajeros descansaban hasta que lucía el sol de un nuevo amanecer.

¿A qué lugar se dirigían? Sólo la joven lo conocía.

—¿Aun otro día de camino, Suki? —preguntaba Noel a su hermana—. Sin embargo, ayer nos dijiste que estábamos al término de la jornada.

La indiecita sonreía solapadamente y respondía:

—Los caribus pasarán más lejos este año. El viejo que nos cruzó ayer en el sendero me lo comunicó.

Las largas jornadas dieron vigor a los dos jóvenes aventureros, y ya Domingo no se quejaba ni de frío ni de cansancio.

—Nos transformaremos en verdaderos salvajes —bromeaba el joven Laval—, y volveremos a California más robustos y más fuertes.

—Nuestro salvajismo se terminará junto con la navaja de afeitar que suprimirá la tupida barba de Cipriano —contestaba su compañero—. Yo cada día ansío más regresar a Beverley Hills.

A pesar de que el actor era el que más protestaba del viaje, en su interior sentía cada vez más el atractivo de las tierras natales. Variados recuerdos y emociones le hacían detenerse para recoger una flor silvestre o para evocar su infancia en esas selvas nevadas.

“No, no —pensaba Takunga, defendiéndose con-

tra este hechizo—. Mi patria no es ésta... Yo soy de América... Soy un hombre civilizado."

La luna ya estaba en su plenitud. Por lo tanto, según dijo Suki a Noel, los ciervos comenzarían pronto su loca carrera hacia el lago.

Un día, el artista se manifestó estupefacto al divisar un río helado que les cortaba el paso. Se acercó entonces a una caravana indígena que también se aprontaba a pasar, y le preguntó qué río era aquél.

—El Río de la Paz.

Aterrorizado, January se aproximó a su hermana, e inquirió furioso:

—¿Hacia dónde nos conduces, Suki?



LA TRAICION DE PLUMA BLANCA

LA muchacha no respondió a esta dura interpe-lación y se escabulló tras los trineos.

Noel se desesperó. Conocía el Río de la Paz y sabía que era el límite fronterizo con la tribu de los CRI, con su propia tribu de pieles rojas.

Suki, engañándolo, le conducía hacia el único distrito indígena al que jamás quería volver.

Era una traición. No daría ni un paso más.

No obstante, el joven no tenía deseos de provocar una escena violenta en presencia de sus amigos, y se contentó con decirles:

—Advierto que seguimos una ruta equivocada. Hace ocho días que caminamos sin que pase un solo ca-ribu. Si Lorenzo se encontrara con nosotros, conocería el verdadero sendero. Mi hermana fué un mal guía. Propongo que volvamos al Lago de los Esclavos y busquemos otro guía.

—Tienes razón —aprobó Domingo—. Yo no lamento el viaje, porque nos dió ocasión de visitar estas praderas salvajes. En el Fuerte Francés será fácil obtener un nuevo guía.

Pluma Blanca inclinó la cabeza con aspecto tris-tísimo.

—Mi pequeña —dijo el bondadoso Laval—, no

te aflijas. Noel no te guarda rencor. No es difícil errar el camino. Estoy seguro de que tú no lo hiciste con mala intención. Lo importante es que encontremos el rebaño de ciervos, a fin de volver pronto a la casa de mis padres.

La niña siguió con la cabeza baja, preparando la merienda.

Antes de regresar al fuerte, la pequeña caravana hizo una siesta.

Cipriano, tendido entre las mantas de los trineos, dormía y roncaba. El hijo del empresario estaba en su tienda.

Takunga llamó aparte a su hermana y le pidió:
—Ven conmigo hasta el bosquecillo de pinos.

Sin hacer el menor ruido, ambos hermanos se alejaron a media legua de distancia.

—Tengo que hacerte una seria pregunta, Suki —manifestó Takunga a la joven—. ¿Por qué nos extraviaste en estos parajes en vez de conducirnos hacia la llanura de los caribus (ciervos)? Responde... ¿No eres ya mi buena hermana? ¿Intentas alguna traición contra mí y mis compañeros?

Silencio absoluto.

—Suki, sospecho que me engañas —prosiguió el hijo de Upisk—. Esa señal en el brazo es un embuste. Otras tribus también marcan a sus hijos con la serpiente azul. Yo creo que mi verdadera hermana Suki murió y que tú, Pluma Blanca, eres una traidora o una mujer cualquiera que se aprovechó de nuestra credulidad para volver a su tribu. ¿Por qué no contestas?

La indiecita, de rodillas ante el actor, lloraba y se cogía de sus piernas.

—Takunga —balbuceó por fin, sollozando—, ¿tú no crees en la serpiente azul ni en nuestro íntimo parentesco? Ahora creerás si Suki te dice que te engañó para llevarte de nuevo a la tribu de tus padres. Ven conmigo, hermano, a vengar a nuestro padre. Takunga vive, Takunga es nuestro hermoso y valiente jefe... El irá en busca del canalla Kamaísti y le dirá: Devuélveme la corona de plumas que robaste a mi padre, o hundiré mi puñal en tu corazón. El malvado tendrá miedo, los hombres le arrojarán de la tribu y las mujeres se burlarán de él. Tú serás el jefe.

—Continúa —murmuró Noel, entre soñador y enojado—. Suki tenía un plan. Suki iría contra la voluntad de su hermano, que es el jefe de la familia. ¿Desde cuándo las mujeres mandan a los hombres? Replica, pobre loca...

—Si Suki cometió una falta —exclamó la india—, castígala, pero escucha su voz que te implora: No vuelvas a la morada de los blancos, tú que eres hijo de WAKANDA, el dios rojo. Regresa a los de tu raza y venga a tu padre, matando al traidor.

Los inmensos ojos negros de Suki rogaban a Noel. El joven descubría en esas pupilas oscuras la mirada de su madre, muerta trágicamente por salvarle de las garras de un oso.

—Hermanita —explicó January, sentando a la niña junto a él sobre el tronco de un pino—. Yo no soy el indio que Atak vendió como esclavo a un mercader. Adopté las costumbres de los blancos y ya no

viviré como los pieles rojas. Su brutalidad, su desaseo, la manera de tratar a las mujeres, de sacrificar a los dioses, todas sus hechicerías y supersticiones me repugnan. No iré, pues, a reclamar mi título de jefe de la tribu CRI, ni seré el conductor de unos pobres infelices que pasan su vida guerreando con sus vecinos. No quiero sacrificios de prisioneros al cruel dios Wakanda, ni a Iskontao, el demonio del fuego. Ya no creo en esos dioses inventados por los hechiceros, sino en Dios Todopoderoso, que nos protege desde el cielo y que desea que todos seamos buenos. ¿Me comprendes?

—Pluma Blanca entiende que renegaste de tu raza, de tu religión, y que allá entre los blancos te cambiaron el corazón —musitó la muchacha.

—Me hicieron mejor —respondió su hermano—, y tú vendrás conmigo. Serás una linda mujercita, educada, instruída, y vestirás como una niña de la raza blanca. El usurpador, en vez de hacernos mal, proporcionó a los dos hijos de Upisk un brillante destino. Suki, yo no ansío la jefatura de los CRI, pero quiero ser un buen hermano para ti. Tú obedéceme ciegamente y yo te haré feliz.

Al decir esto, el artista levantó el mentón de su bella acompañante con gesto acariciador. Con estupor advirtió que los ojos de Suki centelleaban de ira y prefirió entonces no ahondar rencores. Cogiendo de la mano a la rebelde indiecita, volvió con ella al campamento.

Durante los dos días siguientes, la pequeña expedición marchó a través de la inmensa sabana blanca, sin que Suki despegara los labios.



Una mañana, Domingo, al salir de su carpa, se encantó con el paisaje que tenía ante su vista. Por primera vez había un sol radiante y la nieve se teñía de matices rosados. Una decoración de pinos verdegueantes daba mayor realce a la inmensa pradera.

—Noel —dijo Laval a su amigo—, ¿sabes lo que pienso?

—En tu cómodo departamento de Beverley Hills, supongo —declaró su compañero.

—No —desmintió el hijo del empresario—. Estoy maravillado con el paisaje, y se me ocurre que en espera del famoso rebaño de ciervos podríamos hacer otras escenas para nuestro gran film.

—Ya tenemos las que tomamos en la tribu de los CUCHILLOS AMARILLOS —recordó el indio civilizado.

—No es suficiente —arguyó el hermano de Margarita—. Tengo una idea genial. Con esta luz solar ejecutaremos la escena dramática.

—¿Y los personajes?

—¿Dónde encontraríamos una indiecita más bella que tu hermana —exclamó Domingo— y un piel roja más hermoso que tú?

—¿Y qué harías con sólo dos actores?

—Un rapto en trineo... Nuestros perros son diestros y corren como celajes —manifestó el interpelado.

—Los secuestros son asuntos muy explotados —argumentó el artista—. No hay película de cowboys o pieles rojas sin el consabido rapto de una joven. Esto constituiría un alejamiento de la visión que tuvo el señor Laval al inventar el film "EL AGUILA DE ORO".

—Veo que olvidaste el tema principal —expresó Domingo—. Refrescaré tu memoria. Se trata de un joven indio (ése eres tú) ultrajado por el jefe de una tribu vecina. Dicho cacique posee una hija (tu hermana), y por venganza, el muchacho proyecta su rapto para someterla a la esclavitud.

—Sí, ya recuerdo —aprobó January—; tu padre me habló de esa fuga con la hija del enemigo en trineo. Es muy fácil; yo secuestraba a la india, la ligaba de pies y manos y huía con ella. Pero, hermano, esto apenas da para una corta escena.

—Por eso te decía yo que tenía una inspiración genial —exclamó sonriendo Laval—, y esa idea me la sugirió la valentía de Suki.

—Dímela —suplicó Noel—. Estoy impaciente por conocerla.

—¡Qué poco indio eres, mi buen amigo!... Resultas más nervioso que un latino de pura raza... Te ex-

plicaré. Durante la fuga con la indígena, tú te detienes en la pradera, te ocupas en encender una fogata y de preparar la comida. Por supuesto que desligas a tu prisionera para ofrecerle alimento. La joven aprovecha un instante de descuido tuyo para cogerte del cuello con un lazo. ¿Ves el cuadro? La raptada se acerca en puntillas, te amordaza con la faja de su cintura, casi te ahorca con el lazo y, después, nada más fácil que atarte de pies y manos, colocarte dentro del trineo y huir contigo cautivo. Los perros correrán fustigados por la brava indiecita y será ella la que llegue triunfante a la tribu de su padre. Proseguiremos el film cuando entremos a otro reducto indígena, donde pediremos a algún jefe que te reciba como prisionero de guerra.

—Admirable, Domingo —aplaudió de mala gana su compañero—. Comencemos pronto. Suki será una artista maravillosa.

Pluma Blanca, informada del proyecto, lo aceptó con entusiasmo. Antes de poner en marcha las máquinas cinematográficas, se ensayaron todas las escenas y, por fin, el hijo del empresario y el fotógrafo declararon que ambos hermanos representaban sus papeles magníficamente.

Domingo y Cipriano, tras sus aparatos filmadores, tomaban los cuadros típicos. La decoración natural resultaba estupenda. Suki, la estrella improvisada, trabajaba con portentosa dramaticidad. El lazo corredizo cayó sobre la garganta de Takunga como si el movimiento lo ejecutara un experto. El joven indio parecía visiblemente ahogado. Vino en seguida la mordaza que la niña amarró fuertemente a la cabeza de su hermano.

Las ligaduras eran firmes y estaban bien remachadas. Pluma Blanca tomó la precaución de colocar en el trineo, junto al cautivo, víveres y mantas de abrigo.

—No tan ligero, Suki —rogaron los fotógrafos. Suki saltó al trineo y animó a los perros.

El trineo partió veloz por la pradera nevada. La escena debería terminar frente al bosquecillo de pinos. Pero no sucedió así. La indiecita fustigó nuevamente a los canes y éstos siguieron hacia el Sur en vertiginosa carrera.

—Deténganse —gritó Domingo—. Ya terminó la escena.

Mientras tanto, el trineo se perdía en lontananza. —¿Qué sucedería? —caviló Laval.



EL FUROR DE TAKUNGA

DOMINGO y Cipriano no comprendían lo que pasaba.

Suki cumplió fielmente sus instrucciones en las escenas que se filmaron. Pero, ¿por qué se alejaban tanto? Ya el lejano trineo estaba fuera del foco de los aparatos fotográficos.

Y así corrió el tiempo.

Tres días transcurrieron desde la desaparición de Takunga y su hermana.

De la mañana a la noche sus amigos aguardaban a los prófugos, aguzando el oído al menor ruido.

Si uno de los perros ladraba, si crujía una rama, Laval se levantaba del lado de la fogata y exclamaba: —Ya llegan.

El frío se acentuaba con la proximidad del invierno y los víveres disminuían. Era preciso partir. Pero, ¿en qué dirección? ¿Cómo guiarse sin el mapa que quedó en el trineo de January? ¿Y cómo orientarse en esa inmensa llanura? El sol o las estrellas tal vez les ayudarían; pero los días y las noches eran terriblemente brumosos.

—Es necesario partir —sugirió el buen fotógrafo una mañana en que el hijo de Héctor Laval estaba más triste que nunca—. No es posible continuar inac-

tivos en este sitio congelado. Vamos en busca del guía Lorenzo que aun estará en el hospital francés.

—Partamos —autorizó Domingo—. Advierto que ya no volverán. ¿Acaso les aconteció alguna desgracia? Por lo menos, en el Fuerte encontraremos asilo, alimentos y tendremos la posibilidad de organizar una caravana de socorro para acudir en busca de los desaparecidos.

—Lo difícil será el viaje hasta el Fuerte Francés —suspiró el mecánico—. Desconocemos completamente esta comarca.

—Ya hallaremos alguna patrulla que nos informe —dijo Laval.

Los expedicionarios levantaron tiendas y salieron a la ventura por los caminos nevados.

Al borde de la pista dejada por el trineo de Suki, Domingo descubrió de pronto un objeto metálico que brillaba sobre la nieve.

Era el reloj pulsera de Noel, con la correa despedazada.

—Prueba evidente de que a nuestro compañero lo raptó su hermana —reflexionó el joven, mostrando la cinta a su ayudante—. La pérdida quiso separarlo de nosotros.

—Menos mal —declaró Cipriano—, porque sería muy penoso pensar que el hijo adoptivo de don Héctor nos traicionara.

Al fulgor de las estrellas, el trineo de Suki resbalaba por el río helado. Era una carrera loca, que extenuaba a los cuatro perros tiradores, hostigados a cada instante por el látigo de la niña.

Dentro del trineo, el artista lanzaba un grito ahogado por la mordaza y su cuerpo se retorció en el afán de librarse de sus ligaduras.

Sin soltar las riendas, Pluma Blanca levantó una manta y aflojó el cordel que casi estrangulaba a su hermano.

—Suki, Suki, detente —gritó Takunga, con indignación y dolor.

La india, en vez de obedecer, cubrió la cabeza del prisionero con una gruesa manta y animó a la jauría:

—Adelante, Lince... Corre, Glotón...

La muchacha sabía que nadie muere por un ayuno de tres días. A fin de calmar la rebeldía de su hermano y abatir sus fuerzas, sólo le dió a beber una taza de té al día, mientras descansaban los canes.

Como el frío era cada vez más intenso, la india bajaba del trineo y corría a parejas con los perros.

En cambio Noel, inmovilizado por las amarras, sufría atroces calambres, hasta que por fin perdió el conocimiento.

Terminaba el tercer día de la fuga cuando llegaron al límite del reducto de los CRI.

“La Montaña de los Cedros Rojos —suspiró la hija de Upisk—; cuántas veces acompañé a mi padre hasta esta colina en los días de grandes cacerías.”

Suki cortó ramas de pino, formando con ellas una ruca que afirmó sobre un costado del cerro. En seguida encendió una fogata y acercó a ella el trineo, ya desenganchado de los perros.

Llegó el momento de cortar las ligaduras del cautivo, de afrontar su ira y de cuidarle, pues era evidente

que Takunga estaría en un estado por demás lamentable.

La indiecita levantó las mantas y desató los cordeles que amarraban las piernas y los brazos de January. Una angustia atroz la sobrecogió al descubrir el rostro pálido de Takunga.

Con fuerza sorprendente, la intrépida Pluma Blanca arrastró al prisionero fuera del trineo y le tendió sobre las frazadas amontonadas en el interior de la ruca.

Noel no había muerto, pero estaba yerto por el frío de esos tres días de completa inmovilidad.

Con trémulas manos, entreabrió los labios del joven y dejó caer en ellos algunas gotas de aguardiente; luego le friccionó el cuerpo para activar la circulación de la sangre.

Como aun no reaccionara, Suki llamó a los perros y les obligó a que se recostaran junto al cuerpo del desmayado, a fin de que le calentaran con su aliento. También le vistió con el traje europeo, forrado en pieles.

Los dientes de January comenzaron a abrirse, y, poco a poco, tragó algunas cucharadas de té con aguardiente.

"Le friccionaré más —se dijo la niña—, y pronto recobraré los sentidos."

Llegó la noche... La atmósfera de la ruca era tibia y agradable.

La muchacha indígena advirtió que Noel abría los ojos y, con solicitud fraternal, le dió a beber una pequeña taza de caldo condensado.

—Suki, ¿dónde estamos? —interrogó el actor con ronca voz.

—Tras la Montaña de los Cedros Rojos —respondió la aludida.

—Ah, sí —musitó el joven—; es la colina que oculta el vasto campamento de los CRI.

—Takunga no se equivoca —asintió su hermana—: reconoce su país.

—Cállate, desdichada —ordenó Noel.

Suki no necesitó que se lo repitieran. Otra vez ofreció al hambriento prisionero un poco de alimento y después se tendió cerca de él. Pero, en vez de dormir, veló el profundo y benéfico sueño de su adorado hermano.

Al llegar el nuevo día, Takunga despertó en mejores condiciones, pero aun todo adolorido y con el cuerpo lleno de grietas causadas por el hielo que mordió sus carnes durante los tres días de viaje.

—Suki, ¿dónde estás? —gritó.

La niña se presentó fresca y lozana. Recién peinada y lavada, su lindo traje indígena relucía al sol.

El fuego ardía a la entrada de la ruca. Sobre sus tizones se veían ollas con apetitosas viandas.

—Suki —repitió January—, me dirás al punto qué intentabas tú al traerme por la fuerza a estas regiones. Nunca volveré a la tribu CRI. ¡Insensata!... ¿Te imaginas que porque estoy tras la Montaña de los Cedros Rojos olvidaré a mis compañeros? Domingo, mi hermano, está allá lejos en un país que no conoce... Me creará un ingrato, un perjuro... ¿No sabes que me liga un contrato a su padre, el señor Héctor Laval?

La joven inclinaba la cabeza en actitud humilde y sumisa.

—Tu locura —prosiguió Takunga— sólo servirá para causarnos sufrimientos, para retardar nuestra misión y para que yo dude del afecto que profesas a tu hermano. Partiremos en el acto... ¿Entiendes? Inmediatamente. Tal como guiaste el trineo hasta aquí,



lo llevarás nuevamente hasta el sitio donde quedó Domingo. Pronto, llama a los perros y alista el trineo. ¿Qué esperas? Soy tu hermano y tu jefe... Obedece...

Pluma Blanca alzó la cabeza y se atrevió por fin a mirar el rostro de su irritado hermano.

—No hay trineo —balbuceó.

—¿Cómo? —interrogó Noel—. Y el que teníamos ayer, ¿dónde está?

—Suki no tenía bastante leña para calentarte —

explicó la indiecita—, y entonces quemó sus tablas.
¿Para qué servía, puesto que ya llegamos?

Noel se puso de pie y salió de la ruca.

Un espasmo terrible ahogó su garganta.

—¿Tú hiciste eso, Suki? Es atroc.

January sintió deseos de coger a su hermana y hacerle daño. Pero, dominando su ira, se cruzó de brazos y vociferó lleno de indignación:

—Partiremos a pie. Trae tus patines y los míos. Los perros quedarán libres y yo cargaré sobre mis hombros las mantas y los víveres. Si quedamos en el camino, serás tú la culpable de esta desgracia, mala mujer, india infernal... ¡Obedece!

Pero la muchacha, en vez de acatar sus órdenes, se prosternó a los pies de Takunga y, abrazándose a sus rodillas, le suplicó:

—No, no, Takunga, no es posible partir. Mi hermanito nunca llegaría. Está herido por el hielo... La ruta es larga... Hay lobos, osos... Hambre, frío, nieve, muerte...

—Moriremos, Suki —corroboró su hermano—, pero al menos trataré de reunirme con mis amigos y de reparar tu falta. Levántate... Vamos...

—¡Takunga! —exclamó Suki con gesto de joven diosa—. No quiero que mueras. Eres el hijo de Upisk, el gran jefe CRI, y tu deber no es ir a reunirse con los extranjeros, sino buscar a los hombres de tu raza. Quédate aquí... Pluma Blanca será tu servidora, tu esclava, si vas en busca de los CRI para recuperar el título que heredaste de tu padre. Sí, sí, mi hermano cogerá el arco

rojo, el gran arco de jefe, y su flecha atravesará el corazón de Kamaisti, el traidor.

—¡Basta ya de locuras! —rugió Takunga—. Ya no soy el salvaje que mata sin juzgar y que se venga ferozmente. Los blancos me enseñaron otra ley.

—Que Takunga aguarde entonces a los cazadores que vendrán a visitarle —rogó la indígena—. Ellos le reconocerán y le ayudarán a recobrar el mando de la tribu. Hermano, ¿te cambiaron los blancos el corazón de león por el de una liebre temblorosa? Vergüenza para ti... ¿Será una mujer la que salve el honor de la familia? Takunga, jamás las mujeres de los CRI te sonreirán, porque ellas sólo aman a los valientes.

—¡Basta, insensata! —amenazó Noel—. Déjame partir o tiembla ante mi cólera.

—No —contestó la india—. No partirás.

Ante el atrevimiento y porfía de Suki, toda la sangre india de Takunga se rebeló. Ofuscado por la ira, se convirtió en el gran jefe piel roja que castiga duramente a la mujer rebelde. Se acercó a la muchacha y la abofeteó rudamente en el rostro, causándole una cortadura de la que manaba abundante sangre.

Mientras tanto, las profundas grietas en el cuerpo del indio también sangraban debido a los bruscos movimientos que había hecho, y su sangre se mezcló con la de la herida de la indómita joven, que yacía sobre la nieve, atontada por el duro golpe.

Por fin el jefe airado recobró la calma, y cayó de rodillas ante la lastimada Pluma Blanca.

Estupefacto y vacilante, creyó que salía de una horrible pesadilla.

EL PASO DE LOS CARIBUS

SUKI sabía que era preciso esperar por lo menos quince días para que se cerraran las heridas de Takunga. Quince días durante los cuales al infeliz amigo de la familia Laval le sería difícil dar siquiera un paso fuera de la ruca.

Como todas las mujeres indias, Pluma Blanca era una excelente enfermera. Se dedicó, pues, a curarle cómo lo hacían los hechiceros de su tribu, con resina de pinos y otros emplastos de yerbas cicatrizantes.

Noél guardaba silencio y se dejaba curar sin protestas.

Después de su terrible cólera, su espíritu adquirió, en apariencia, una impasibilidad muy indígena.

Le angustiaba una duda... ¿Habría sufrido en el pasado una total equivocación al creerse hombre civilizado?

La vida de privaciones y el paisaje cruel y desnudo despertaban en él el instinto salvaje de la soledad. Pasaba días enteros recostado sobre el lecho de pieles, soñando y sufriendo en un letargo físico y moral.

La muchacha no se afligía por el mutismo de su hermano; intuitivamente comprendía que se efectuaba en la mente del enfermo una transformación conveniente a sus fines y que, cuando venciera ese sopor, se convertiría otra vez en un verdadero piel roja.

Sin embargo, January luchaba contra el hechizo de su raza, y a ojos cerrados evocaba los dulces recuerdos de Beverley Hills... Margarita le sonreía... En el momento de la partida, ella le dió a entender que nunca lo olvidaría... Era tan hermosa, tan suave, tan buena...

Y mientras el joven soñaba, su hermana, discreta y silenciosa, se ocupaba del bienestar del actor.

Cuando Takunga dormía, la niña se colocaba sus patines, subía la Montaña de los Cedros Rojos y llegaba a la tribu CRI.

El traidor Kamaisti estaba enfermo. Esto causó el retardo en el éxodo de la tribu hacia las praderas del Norte. Suki lo supo un día que se aventuró hasta las primeras rucas del reducto.

Pluma Blanca hizo el saludo CRI frente a una ruca y manifestó a sus habitantes que tenía un pie torcido. Una india hospitalaria le dió las noticias que ella solicitaba.

El infame jefe moriría pronto a causa de una flecha envenenada que le atravesó un costado. La mujer agregaba que era una venganza del dios Joko-Wapú, porque el indio sacrílego dió muerte a un halcón sagrado. Otra opinaba que un indígena rebelde lanzó esa flecha a Kamaisti para que pagara con su vida las injusticias cometidas.

También supo Suki que Aguila Roja, el hijo del traidor, era odiado por todos los hombres de la tribu y que, seguramente, los ancianos del consejo no le darían el título de jefe cuando muriera su padre.

Todas estas noticias llenaron de vivísima alegría a la hermana de Noel.

Entretanto, Takunga mejoraba bastante de sus heridas, y empezaba a impacientarse.

Pensaba con mayor frecuencia en Domingo y Cipriano, y se desesperaba con la idea de que ellos le creyeran desertor e ingrato.

Saliendo de su largo mutismo, una mañana preguntó a Pluma Blanca:

—¿Qué hora será y en qué día estaremos?

—Hermanito —respondió la aludida—, la luna está en creciente y el sol indica que es la novena hora.

—No entiendo tu lenguaje —murmuró Takunga—; esa hora del sol no es la mía. Si yo pudiera fumar...

La indiecita sacó al punto de su bolsillo una trenza café hecha de hojas de tabaco.

—¿Dónde conseguiste esto? —preguntó Noel, reconociendo la clase de tabaco que los indios usaban para llenar sus largas pipas.

—Del campamento vecino —dijo la joven—, y aquí tienes una pipa.

—¿Fuiste al reducto de los CRI? —interrogó January.

—Sí, voy todos los días —replicó su hermana.

—Imprudente... Si Kamaisti te descubre, te hará su prisionera —protestó el actor.

—Kamaisti morirá... El dios Joko-Wapú le castiga por la traición que hizo a nuestro padre... Tú serás el jefe cuando ese malvado muera —exclamó Suki.

—El canalla tiene un hijo —insinuó Takunga.

—Hay dos partidos —explicó la muchacha—. Algunos ancianos están por Aguila Roja y otros por el hijo de Upisk.

—Mientes, Suki —contestó Noel—. Los CRI ignoran que yo existo.

—Lo saben, porque yo se lo comuniqué a mi amiga Pasuk... ¿La recuerdas? Era nuestra compañera de la infancia y tú la querías mucho —declaró la indiecita—. Yo le dije que esperabas la muerte de Kamaísti para presentarte y que entonces arrojarías el cuerpo del traidor a los lobos.

—Tú no tenías derecho para divulgar tales cosas —manifestó su hermano—. Hiciste muy mal... Eres una rebelde.

Pluma Blanca descolgó el látigo y, pasándoselo a su hermano, balbuceó:



—Castígame, Takunga, pero mejórate pronto, porque ya llega tu hora.

Noel inclinó la cabeza, cogió el tabaco y llenó su pipa en silencio.

Como un huracán, como un torbellino, la voluntad indomable de la hija de Upisk lo impulsaba hacia una directiva que él no aceptaba.

Llegada la noche, y mientras su hermana dormía, agobiada por el cúmulo de trabajo diario, Noel se levantó y salió fuera de la ruca.

Una invencible curiosidad le indujo a dirigirse al otro lado de la colina y divisar el campamento de sus hermanos de raza.

Una gran ruca, más alta que las que rodeaban el pequeño caserío, estaba circundada de hogueras. Los indios iban de un lado a otro con antorchas de fuego...

"Murió el traidor —se dijo January—. Comienzan las ceremonias fúnebres."

Y, poseído de espanto, bajó precipitadamente la ladera y se encerró de nuevo en la ruca de su hermana.

Duros y crueles eran entretanto los días y las noches de Domingo y Cipriano.

—Noel nos traicionó —suspiraba el fotógrafo—, y aquí pereceremos de hambre o de frío.

—Valor, amigo —animaba Laval, —mientras tengamos con qué alimentar a los perros del trineo, hay esperanzas. Dios permitirá que alcancemos a llegar al Lago de los Esclavos.

Nadie reconocería en esos dos infelices hambrientos y abatidos al gallardo hijo del empresario y al obe-

so mecánico. Este último tenía ahora una barba negra que disimulaba su flacura, y su joven compañero mostraba un semblante cadavérico.

Por más que economizaban los víveres y destinaban la mayor parte a los canes, ya sólo les quedaban algunas galletas y pescado seco, que era difícil cocer por falta de combustible.

Extenuadas sus fuerzas, no tenían valor ni para levantar las carpas. Por la noche dormían a cielo raso, protegidos del viento con las planchas del trineo y sin más calor que el que les daban los cuerpos de los cuatro perros.

—Cualquiera mañana amaneceremos helados —declaraba Cipriano a su jefe.

Domingo suspiraba y a veces de sus ojos brotaban amargas lágrimas.

—Noel, Noel, hermano —llamaba el joven Laval—, ¿por qué nos abandonaste?

Llegó el día en que los perros, extenuados, no tenían fuerzas para tirar del trineo.

El fotógrafo era de opinión de sacrificar a uno de esos pobres animales y alimentar con su carne a los tres restantes.

Molly, la perrita blanca, fué la elegida. El mecánico disparó dos tiros de revólver sobre el animalito y sus tres compañeros hambrientos devoraron su cadáver. El hijo de Héctor Laval estaba tan débil, que no se dió cuenta del triste episodio.

—Cipriano, escucha —murmuraba, alucinado por la fiebre—: ya llega el automóvil... Siento la bocina... Suena el pito del tren. Estados salvados... Dor-

miremos en un buen camarote y el mozo nos anunciará que está listo el desayuno.

El buen ayudante contemplaba aterrado al hijo de su patrón, delirando de frío y de hambre.

Le cogió suavemente en sus brazos y trató de darle calor.

De pronto el mecánico sintió un ruido como de un torrente desbordante.

—¿Qué pasa? —exclamó, tendiendo sobre las mantas al desfallecido joven—. ¿Estaré loco o alucinado?

El suelo vibraba; parecía que se acercaba una enorme cabalgata. Escuchábanse bramidos salvajes.



—¡Mil truenos! —gritó el fotógrafo—. ¡Los caribus, los caribus... Dominguito, arriba... Pasan los ciervos!

—¿Qué, qué? —interrogó el aludido, incorporándose sobre las frazadas.

—Los caribus —repitió su ayudante— vienen hacia acá. Nos atropellarán si no buscamos un refugio entre los pinos.

Caminando como un sonámbulo, Laval se arrastró hasta la arboleda. Un entusiasmo loco le daba fuerzas.

Cipriano armó las máquinas cinematográficas con extraordinaria rapidez.

—Don Domingo —ordenó al hijo del señor Laval—, colóquese usted aquí, mientras yo disparo a uno de estos animales. Primero comer y después fotografiar.

El rebaño se acercaba como una vorágine.

Temblando como una hoja, el joven daba vueltas y vueltas a la manivela de la cámara fotográfica, y exclamaba a cada instante:

—¡Qué estupendo, qué maravilla!

—Coloque otras bobinas —sugirió su compañero—, mientras yo cazo a este ciervo que quedó rezagado.

Terminado el cuarto rollo, Domingo cayó sin conocimiento sobre la nieve. Cuando volvió del prolongado desmayo, Cipriano tenía listo el prometido trozo de carne, y con alegría de salvajes, ambos devoraron la apetitosa comida.

FIESTAS EN LA TRIBU CRI

TRANSCURRIERON varios días desde aquel en que Domingo y Cipriano repusieron sus energías con la carne del ciervo salvaje.

Les encontramos ahora en el Fuerte Francés, conversando con Lorenzo, ya repuesto de su grave enfermedad.

—Lorenzo, ¿cuándo partiremos? —preguntaba anhelante Laval.

—Cuando usted lo desee, señor —dijo el mestizo—. Están listos los trineos, los víveres y la cuadrilla de perros bien adiestrados.

—Mañana mismo, entonces —propuso el hijo del empresario.

Iban en busca de Noel, a quien su arbitraria hermanita raptó tan alevosamente.

Le arrebatarían a los indios de la tribu CRI y le llevarían de nuevo a California, por dos razones: primero, porque la familia Laval le quería como a uno de los suyos, y segundo, porque el empresario le tenía su contrato para la película "EL AGUILA DE ORO", y le esperaba en Edmonton con un avión listo para partir en la semana entrante a Los Angeles.

Con las escenas filmadas del rebaño de ciervos, no tenía objeto la permanencia de Domingo y Cipriano en el Alto Canadá, y si efectuaban ese viaje al lago

de Atabasca era solamente con el fin de buscar a January.

El mestizo traía interesantes noticias que los tres expedicionarios comentaban jubilosos alrededor de la hoguera.

—Supe por un indio del Norte —comunicaba el



guía— que los pieles rojas de la tribu CRI aun no emigran a las regiones árticas y que todavía acampan tras la Montaña de los Cedros Rojos. Cuenta que murió el jefe y tardarán muchos días en las ceremonias fúnebres y en la elección del sucesor de Kamaisti.

—Pero, ¿cómo sabemos si esa tribu es la que corresponde a Takunga? —interrogó el joven—. Noel

me dijo una vez que los CRI se dividen en varios clanes... Los unos se llaman "CRI de la selva", los otros "CRI de la montaña", y hay otros que tienen apodos que no recuerdo por el momento.

—De todas maneras —explicó Lorenzo—, la gran concentración de esas tribus CRI está al otro lado del lago de Atabasca. Comenzaremos por la que acampa tras la Montaña de los Cedros Rojos, y allí nos darán buenas señas.

Los viajeros anduvieron varios días por las praderas nevadas y por fin llegaron a las orillas del lago que buscaban.

Lorenzo salió de nuevo en busca de noticias y volvió repitiendo su conversación con dos indios, quienes le comunicaron que las fiestas fúnebres comenzaban a la caída del sol, tras la Montaña de los Cedros Rojos.

—El indio informante —añadió el guía— me dijo que para que presenciáramos las ceremonias, nos colocaría en la copa de un árbol gigante, y que desde allí veríamos perfectamente los bailes de esos salvajes.

—Y si divisamos a Noel —exclamó entusiasmo Domingo—, ¿le raptamos?

—Es posible que le custodie de cerca su terrible hermanita —murmuró Cipriano—. Esa mujer es una verdadera furia.

—Yo me encargo de hacerla prisionera —declaró el mestizo.

Caía la tarde y los tres hombres se instalaron en el punto estratégico, desde el cual serían espectadores de las fiestas funerarias de los CRI.

Se organizaba la danza en un círculo de elevados

pinos. Hombres y mujeres, cogidos de la mano y ataviados con sus mejores trajes, cantaban y bailaban al son de tambores y flautas.

Grandes fogatas iluminaban el campamento, dándole un aspecto fantástico.

Cipriano, excelente fotógrafo, no tardó en arreglar su cámara en un gancho del árbol, y desde allí filmó escena tras escena.

—El señor January bailaba mucho mejor que aquellos macacos —refunfuñaba el mecánico—; los diablos pintarrajeados no son muy fotogénicos.

—Pero son auténticos, mi buen amigo —respondía Laval, quien, en vez de tomar película, escudriñaba el reducto indígena con anteojos de larga vista.

—No divisó a Noel ni a Suki —balbuceaba el hijo del empresario—. ¿Dónde estás, hermanito mío? ¿Dónde te encuentras, querido Noel?

Tam, tam, tam, tam... Las danzas se hacían cada vez más frenéticas y los bailarines parecían poseídos de diabólicos impulsos.

—¡Qué salvajes, qué salvajes! —gritaba el fotógrafo—. Me es imposible creer que el señor January pertenezca a esta tribu... Hay que ver sus maneras tan finas, sus modales de gran señor... No, no, don Noel no es de esa raza semianimal.

—Tienes razón —asintió su jefe—. Bajemos del árbol y volvamos a nuestro campamento. Es inútil pasar la noche al frío y helarnos para tomar esos bailes macabros.

Apenas bajaban del árbol, cuando dos mujeres indias se acercaron a ellos y, cogiéndoles de la mano, les

arrastraron al círculo donde se realizaban las danzas.

Imposible resistir a la invitación de aquellas fornidas indígenas, y para no herir su susceptibilidad, las siguieron hasta el recinto de las ceremonias.

Al día siguiente, y después de un prolongado y pesado sueño, ambos hombres comentaban la fiesta de la noche anterior.

—Qué farándula más endemoniada —opinaba Cipriano.

—Nunca tuve más calor —agregaba Domingo—. Parece que era fuego el que me dieron a beber esos salvajes.

El guía les observaba con desprecio... ¿Cómo era posible que dos blancos se mezclaran en esos festejos rudos y primitivos, a más de groseros?

—¡Pobre Noel —murmuró Laval—; libétemosle de esta gente!

—Señor —dijo Lorenzo—, creo que las fiestas continuarán después de mediodía. Las mujeres me informaron que habrá un concurso de cazadores y que el joven que triunfe en todas las pruebas será nombrado jefe de la tribu.

—¿Pero no tenía hijos el cacique extinto? —preguntó Laval—. Noel me explicó en una ocasión que en esta tribu era hereditario el título de jefe.

—Tal vez serán varios los herederos —insinuó el guía—, y en ese caso se efectúan luchas guerreras y se elige al más digno.

—Es un torneo deportivo entonces —observó el mecánico—. Mejor que mejor. Nos servirá para tomar otra escena interesante. Lorenzo, averigua si entre los

pretendientes a la jefatura está el joven Takunga, o si saben de él en alguna tribu vecina. Sería curioso que nuestro artista entrara en la justa de esta tarde.

—Qué idea más absurda —protestó Domingo—. El único deseo de Noel es volver a la vida civilizada. Aunque Suki le arrastre, él se evadirá. Somos tres para ayudarle en su fuga, y esa pérfida Pluma Blanca no se atreverá a insistir.

Después de mediodía, se iniciaron las "danzas de la caza".

Un indio semidesnudo y armado con un gran arco representaba al cazador. Otro, envuelto en un manto gris y llevando sobre su cabeza el cornudo cráneo de un ciervo, figuraba a Wapiti, el ciervo sagrado.

Ritman sus sonos los tom-tems y resuenan los brazaletes que los danzarines llevan en sus tobillos.

Ambos indios se persiguen, dan volteretas y saltos formidables. El que hace de ciervo está a punto de recibir la flecha fatal del cazador, cuando entra al baile una silueta blanca... Es la cervatilla sagrada que acude en auxilio de Wapiti. Con pasos menudos y sutiles, se coloca delante de éste. ¿Quién matará a tan linda cervatilla? El cazador pretende apartarla; pero la cervatilla le fascina con sus mimos y, entretanto, Wapiti se aleja. Por fin la graciosa cervatilla arrebatada rápidamente el arco y la flecha de manos del cazador hechizado y con la misma flecha atraviesa el corazón del incauto indio.

Los espectadores aplauden con frenesí.

Mientras tanto, Cipriano tomaba una película estupenda.

—Juego de niños —declaró Lorenzo con olímpico desdén—. Otra cosa será cuando comiencen las pruebas para la elección del jefe.

Momentos después, todos los concurrentes se pusieron de pie para recibir al gran hechicero de la tribu.

Este era un viejo de rostro pintarrajeado de verde, cuyos cabellos estaban trenzados con yerbas aromáticas. Envuelto en una piel de visón, llevaba sobre su cabeza tres enormes cuernos de ciervo y levantaba los brazos en actitud hiératica.

—Atención —advirtió el mestizo a sus acompañantes—, los brujos indígenas son muy malvados. Mejor sería que nos ocultáramos tras las rucas.

Sus compañeros aceptaron el consejo del guía y se colocaron en un promontorio que había tras un grupo de viviendas.

Desde allí presenciarían la lucha de los jóvenes gladiadores y tomarían otro cuadro interesante para su film.



LAS TRES PRUEBAS

TRAS el hechicero avanzaban tres robustos indios, ataviados con un enorme aderezo de plumas de águila que caía desde sus cabezas hasta los pies. Envolvían sus cuerpos grandes mantas de abigarrados colores y sus mocasines estaban llenos de adornos de piedras preciosas.

Más atrás de estos tres venía una multitud de muchachos semidesnudos y con una sola pluma de águila en la frente. Sus espaldas ostentaban vistosos tatuajes y sus pantalones eran de cuero de ciervo pintados y bordados.

—¡Qué elegancia! —exclamó Cipriano—. Todos visten de gala.

—Menos uno —contradijo Lorenzo, mostrando a un joven que venía con traje de cazador europeo y sin sombrero.

—Cipriano, Cipriano —balbuceó Domingo, pálido de emoción—; es Noel, nuestro amigo... Al fin le encontramos... Gracias a Dios.

—Por la Santísima Virgen —asintió el aludido—, claro que es don Noel... El pobrecito se halla perdido entre esos endiablados salvajes. Llamémosle... Es preciso que nos vea.

Laval levantó su gorra y gritó:

—Noel, hermanito... Aquí estamos... Vinimos a rescatarte.

.....

El estupor del hijo del empresario no habría sido tan inmenso al ver a January entre los jóvenes que participarían en el torneo indígena, si supiera cuanto ocurrió a su amigo desde que Suki le raptó y llevó a la Montaña de los Cedros Rojos.

Justamente el día antes, y después de su primera salida de la ruca, Takunga dijo a su hermana:

—Ya me encuentro bien, hermanita, y partiré mañana. Prepara las provisiones para el camino.

—¿Dónde vas, hermanito? —preguntóle la astuta indiecita.

—Ya lo sabes de más —exclamó Noel—: iré en busca del compañero a quien era mi deber acompañar.

—Cuando Takunga encuentre a su amigo, volverá en busca de su hermana Suki— rogó Pluma Blanca—, porque ella no quiere apartarse de la tribu de los CRI.

—Tal vez resulte mejor así —respondió el interpelado—. Yo volveré por ti. No deseo que seas una mujer ignorante e idólatra... Suki, escucha bien... En quince días más regresaré a estas montañas. Es preciso que mi primo Denés sea el jefe de la tribu y que tú te cases con él. Dime, hermana, ¿harás lo que te pido?

—Suki estará aquí. No se moverá de esta ruca hasta que Takunga vuelva —contestó la muchacha.

Noel January observaba a la niña mientras le ha-

blaba. Comprendía su amargura y su desesperación al ver que todos sus esfuerzos y sus luchas no tuvieron éxito. Takunga se marcharía al país de los blancos y la tribu tendría otro cacique. Tal vez el infame hijo de Kamaisti.

—Suki, ¿no quieres tú mi bien? ¿No deseas que yo sea feliz? ¿Por qué insistes?

En ese instante se detuvieron tres indios en la puerta de la ruca.

—¿Qué os trae a esta morada? —inquirió Takunga, saliendo a recibir a los visitantes.

—Ojo de Halcón, Ciervo Valiente y Visón del Monte —explicó el mayor de edad— vienen en nombre de los CRI y enviados por el hechicero mayor a conducirte a nuestro campamento. Tu hermana Suki nos habló de ti, Takunga, hijo de Upisk, nuestro lamentado jefe.

—Suki os habló sin mi autorización —replicó Takunga—. Nunca ingresaré a esa tribu que me vendió como esclavo a los hombres blancos.

—Takunga se expresa como un hombre joven, cuyo corazón está lleno de amargura —manifestó Ojo de Halcón—. Que Takunga sepa que al jefe Kamaisti lo castigó el dios Joko-Wapú. Kamaisti, el usurpador, nunca dirigió la caza como Upisk. Su hijo, Aguila Roja, no merece nuestros favores.

—¿Qué quieren ustedes de mí? —interrogó Takunga.

—Conducirte al medio de nuestro reducto y decirles a las familias de los cazadores: éste es vuestro jefe.

—Pero yo soy incapaz de gobernar esta tribu —

protestó Noel—. Poseo la ciencia de los blancos y ya no soy un indio cazador.

—El hechicero dijo que Takunga entrará al Pozo de la Transpiración, que allí perderá todo recuerdo de su vida pasada y que el dios Wakanda le aconsejará —explicó Visón del Monte—. Después sabrá goberarnos.



—Bonita cosa —manifestó Takunga, fastidiado—. Yo soy ahora cristiano y no creo en Wakanda ni en Iskavako, ni en ninguno de esos dioses salvajes.

Terminaba Noel su protesta, cuando se escuchó la voz estentórea del hijo del traidor.

—Mis hermanos cazadores escucharon las palabras sacrílegas de Takunga —exclamó Aguila Roja—. Yo hago el juramento de arrojarlo al suelo con

un golpe de mis patines, porque es un cobarde conejo.

Tras Aguila Roja venían el hechicero de la tribu y un sinnúmero de indios.

El heredero de Kamaisti, informado de la existencia del hijo de Upisk, estaba loco de furor y quería fulminar a su rival.

En cambio, el brujo reforzaría la campaña en favor de Takunga, a quien escogió como jefe después de largas conversaciones con Pluma Blanca.

Takunga, a pesar de que no deseaba querellas con los indios, sintió que le hervía la sangre en las venas al oír que le llamaban cobarde.

—¿Quién se atreve a insultarme en mi propia ruca? —preguntó, avanzando con evidente furia.

Aguila Roja, en vez de responder, sacó uno de los patines de sus pies y con burlesca sonrisa lo levantó para golpear el rostro del hijo de Upisk.

Pero no tuvo tiempo para ejecutar el acto, porque un puño de acero cayó sobre su mentón y le arrojó con tal violencia que rodó por el suelo.

Noel aprovechó muy bien las lecciones de boxeo recibidas en otra época y dió un knock-out a su adversario en la primera vuelta.

Los partidarios del vencido levantaron a su caudillo y trataron de atacar al joven Noel.

Pero el hechicero, solemne y majestuoso, se colocó frente a Takunga y habló:

—Por Mutai, el dios del alimento; por Iskavako, el demonio del fuego, y por Joko-Wapú, dios de los cazadores, yo, Katiruk, suplico a mis hermanos que dominen su cólera.

Todos los hombres se mantuvieron inmóviles e inclinaron las cabezas.

El brujo prosiguió:

—Habité en la logia sagrada durante un día entero; transpiré con las yerbas aromáticas, a fin de saber lo que ordena Manito, el dios eterno, el dios que manda a los indios. Y Manito me dijo que en esta luna de los caribus coloquemos frente a frente a los dos hijos de nuestros jefes. Estos dos jóvenes, el hijo de Upisk y el hijo de Kamaisti, pasarán por las tres pruebas rituales: la del arco, la de la carrera y la del fuego. El vencedor será el elegido por Manito.

Los indios inclinaron aún más sus cabezas y murmuraron al unísono:

—Ug, ug, ug.

Con esto significaban que aceptaban las decisiones del hechicero.

Takunga comprendió muy bien el discurso de Katuruk, y se aprontaba a protestar y a retirarse de la lid, cuando Aguila Roja intervino indignado:

—Hermanos de la tribu CRI, grandes cazadores de la Montaña de los Cedros Rojos: vosotros que me queréis por jefe, estad seguros de que el hijo de Kamaisti luchará sin temor contra el servidor de los rostros pálidos, contra el cristiano que sólo aprendió de los frailes a huir ante el peligro, y que ya no tiene el corazón estoico de los hijos del dios Wakanda.

Azotados su valor y su religión por esa afrenta, Noel se dirigió hacia los hombres que le observaban, y esta vez, como un verdadero indio bravo, pregonó:

—Compañeros CRI: Takunga, el hijo de Upisk

siempre venerado, demostrará a Aguila Roja, por medio de las tres pruebas, que no perdió ni su coraje ni su corazón estoico en su contacto con los blancos y con los sacerdotes cristianos.

Y fué así como se organizó la lucha entre los dos rivales, pelea que se iniciaba cuando Domingo, Cipriano y Lorenzo divisaron al actor avanzando tras el gran hechicero.

—Apronta las máquinas —dijo el joven Laval al fotógrafo—. El espectáculo será colosal.

—Y terrible, me lo temo —arguyó el mestizo—. Se trata de tres pruebas feroces, y creo que la última les horripilará.

—Nosotros acudiremos en auxilio de Noel —declaró el hijo del empresario—, y si es necesario, le rapataremos tal como la intrépida Suki le hizo prisionero en las praderas nevadas.

—Allá distingo a Pluma Blanca —murmuró el guía—. La pérfida india está radiante de júbilo. Pero lo que yo no comprendo es la traición del señor January. ¿Pretende acaso la jefatura de la tribu y abandonarnos? ¿Es un traidor a su palabra?

—Después se lo preguntaremos —sugirió Cipriano—. Ya comienza el acto. Empecemos la filmación.

En efecto, Katiruk iniciaba el torneo con la acostumbrada ceremonia del calumet (pipa), el cual levantó hacia los cuatro puntos cardinales, y, en seguida, se lanzó a un vertiginoso baile, invocando la protección de los dioses.

Terminado este rito, el brujo entregó a ambos

contendores dos grandes arcos y les señaló un blanco diminuto y lejano.

Aguila Roja y Takunga disparaban por turno. Noel no erró un punto y Aguila Roja sólo dos veces lanzó la flecha fuera del pequeño disco.

Vino en seguida otra competencia un poco más difícil: los blancos eran movedizos.

Varios indios corrían de un lado a otro llevando sobre la cabeza grandes cuernos de reno. Sobre éstos iban los discos que servían de blanco.

January disparaba las flechas magistralmente.

Después los indígenas lanzaron al espacio varios cuervos y el artista mató a todos los que le señalaron con certeros flechazos.

—Oyé, oyé —gritaban los indios entusiasmados.

Takunga ganó la primera prueba.

Domingo advirtió la alegría que causaba a Noel su victoria y con cuánto orgullo recibía los aplausos de los pieles rojas.

—No se inmuta mi hermano —observó el joven—; cualquiera diría que acoge la ovación de un público civilizado. Ni más ni menos que cuando representaba en California.

—Es un verdadero deportista —aprobó el mecánico.

Comenzaba la segunda prueba.

Consistía ésta en una carrera de cuatro millas por la llanura nevada y por las laderas de la montaña.

Los indios señalaron con estacas el recorrido, que estaba a la vista de los espectadores.

Los dos rivales partieron veloces y durante más

de dos millas ninguno ganó distancia. Pero Noel, a causa de su reciente enfermedad, hacía un horrible esfuerzo para no verse aventajado por el hijo de Kamaisti.

Iban casi paralelos en la última etapa de la carrera, cuando de un árbol cayó un enorme gancho sobre el pie de Noel.

¿Fué intencional ese golpe u obra de la casualidad? Nadie lo sabía.

Pero a January no le fué posible continuar la carrera, y su enemigo ganó la segunda prueba.

Los pieles rojas y sus mujeres estaban entusiasmados con la justa de los dos luchadores. Se hacían apuestas, se discutía y algunos guerreros daban gritos amenazantes.

Suki, envuelta en su gran chamanto, ocultaba su faz, poseída de intensa emoción.



CAPÍTULO XIII

NOEL JANUARY Y SUS AMIGOS

NOEL venció en la primera prueba del tiro al blanco, y Aguila Roja en la segunda prueba de la carrera de cuatro millas. Faltaba ahora la tercera prueba, que sería la decisiva.

El hechicero no esperó que los jóvenes contendores descansaran de la violenta carrera para empezar los preparativos de la tercera prueba, del fuego, que ponía a prueba el valor estoico de la raza india.

Esta prueba, que los antiguos llamaban "ofrendas", formaba parte de los ritos secretos en los cuales sólo se iniciaba a los de mayor prestigio y valor.

Varios indígenas se acercaron acarreando trozos de árboles, que acumularon en una especie de pira bastante alta.

Domingo Laval, vivamente intrigado por el espectáculo, acercó cuanto pudo su máquina fotográfica y colocó en ella un rollo de películas.

Entretanto, Aguila Roja y Takunga, cubiertos sólo con un pantaloncito corto, se situaron encima de los troncos cortados. En seguida se aproximó el brujo, con una antorcha encendida en la mano, e inició una danza macabra, prendiendo fuego al mismo tiempo a los troncos sobre los cuales se encontraban los dos rivales.

La mano de Laval temblaba mientras daba vueltas a la manivela.

Los cánticos, primero suaves y lentos, se hicieron fuertes y apasionados. Y a medida que el fuego chamuscaba la carne de los atormentados contendores, los indios redoblaban su clamoreo y parecían acometidos de un loco frenesí.

—¡Qué brutos! —exclamó el hijo del empresario.

Pero la terrible prueba estaba sólo en su comienzo. Los supliciados extendieron ambas manos y Kati-ruk colocó en ellas brasas ardiendo, que los jóvenes debían sujetar el mayor tiempo posible.

Aguila Roja pateaba como un toro furioso, mientras las llamas lamían sus piernas desnudas. Noel apretaba los dientes y cerraba los ojos para soportar el atroz dolor.

De súbito, January escuchó el ruido leve y familiar de la cámara filmadora.

¿Quién operaría una máquina fotográfica en medio de la salvaje tribu de los CRI? Tenía que ser Domingo Laval, su hermano, que venía en busca del infeliz torturado.

Fué tal la emoción de Takunga, que olvidó el horrendo sacrificio. Le era imposible volver la cara hacia sus amigos, porque entonces la alcanzaría el fuego.

“Tengo que soportar, no debo gemir —se decía Noel—. Mis compañeros están cerca. Pero quiera Dios que termine pronto este tormento... Ya no puedo más...”

El semblante del artista, contraído por la tortu-



ra, se iluminó sin embargo con un destello de esperanza.

El joven Laval, al ver la sonrisa gloriosa de Noel, se sublevó de indignación.

—Lorenzo —exclamó el amigo de Takunga—, ¿qué esperamos para impedir que esos salvajes continúen el martirio de Noel? Miren, el otro supliciado cayó al suelo sin conocimiento. Ya es demasiado... Noel ya no puede más.

—Tengo una idea, don Domingo —contestó el mestizo—. Atemoricemos a estos indígenas. El gobierno canadiense les prohibió estas ceremonias de tortu-

ra y ellos le temen a la policía. Verán ustedes cómo huyen.

Los tres blancos bajaron al redondel de los indios y comenzaron a vociferar y a protestar como energúmenos. El guía se abrió camino entre los bailarines y gritó al hechicero:

—Malditos salvajes... Ya viene la policía montada. Ustedes desobedecieron a las leyes de nuestro gobierno. Les quemarán vivos.

El efecto de estas palabras fué mágico.

Los pieles rojas huyeron despavoridos; las mujeres recogieron sus mantas y se metieron en sus rucas.

El brujo, penetrado del carácter sagrado de sus funciones, lejos de huir, pregonaba el triunfo de Takunga y le proclamaba jefe de la tribu CRI.

Cipriano y Domingo corrieron en auxilio de January, le retiraron de la hoguera y le tendieron sobre algunas mantas.

Los indios, temerosos de que tras los extranjeros llegara la policía montada, quitaron todo rastro de la fogata de la tortura.

Poco después, Noel abrió los ojos y, tratando de sonreír, decía a sus amigos:

—Dénme un cigarrillo, por favor. Hace tanto tiempo que no fumo. Eso me hará bien.

—Te doy un paquete y además un encendedor — exclamó jubiloso el hijo de Héctor Laval—; también una copita de coñac. ¿Por qué permitiste que te atormentaran tan bárbaramente, mi querido hermanito?

Noel no pudo encender el briquet, porque sus manos estaban horrorosamente llagadas.

—Ya te lo explicaré —murmuró el herido—. Todo fué muy absurdo. Pero estoy contento porque resistí y demostré a esos salvajes que no soy un cobarde. Enciéndeme tú el cigarrillo, hermano.

—Eres un perfecto salvaje —declaró su amigo—; no resististe al deseo de exhibirte como un guerrero ante esa tribu de indios. Ni siquiera te repugnaban sus macabros ritos.

—Domingo —preguntó Takunga—, ¿no asististe tú muchas veces a los campeonatos deportivos en California? ¿No viste cómo sangraban las rodillas de los ciclistas y cómo jadeaban los corredores? Era algo espléndido... Era la gloria... No cabe duda de que todo ser humano lleva en sí el deseo de sobreponerse... Aunque sea ante una tribu de energúmenos. Mi intención era demostrar a esos idólatras, orgullosos de su estoicismo, que un cristiano y un amigo de los hombres blancos también es un héroe, dada la ocasión.

—¿Y sólo por esa gloria permitiste que el viejo hechicero casi te quemara vivo?

—No —respondió Noel—; la razón principal es que esos indios quieren que yo sea su jefe, porque soy hijo de Upisk..

—Ya lo ve usted, don Domingo— protestó el fotógrafo—. Para ser jefe de esta tribu nos abandonó en las praderas nevadas.

—No digas eso, Cipriano —reprochó Takunga—; yo vine aquí por la fuerza. ¿No lo comprendieron ustedes así?

—Sí, sí, hermano —contestó el joven Laval, es-

trechando los hombros del herido—. Sabemos que tu hermana te raptó.

—Exactamente —refirió January—, y después fué imposible mi regreso al campamento porque el intenso frío durante el viaje me produjo profundas grietas que al principio me impedían el andar. Suki, aprovechándose de esto, me arrojó en la tribu de los CRI, a pesar de mis protestas. ¿Dónde está mi hermana? ¿Huiría junto con los demás?

—Deberías encerrarla en una casa correccional por atrevida y rebelde —insinuó el hijo del empresario.

—Como veo que no se civilizará ni dejará de ser una india bravía —explicó Noel—, tengo el proyecto de casarla con nuestro primo Denés y hacer que él sea jefe de la tribu. La separación no le romperá el corazón y yo volveré con ustedes...

Takunga no terminó su frase, porque en ese momento Suki entró a la carpa y se prosternó a los pies de su hermano. Sin duda, la muchacha escuchó afuera la conversación de los hombres.

—Takunga, Takunga —murmuró sollozando la indiecita—. Pluma Blanca no abandonará al valiente jefe que las tribus CRI aclamaron.

Transcurrieron algunos días y Noel mejoraba de sus profundas heridas. Contribuía a ello el estar junto a sus amigos.

—Apenas cicatricen tus llagas —proponía Laval—, levantaremos el campamento y partiremos a California.

Takunga guardaba silencio.

Muchas veces los notables de la tribu rompieron la consigna y acudieron a visitar al jefe Takunga. Hablaban del Pozo de la Transpiración, donde se olvidaba el pasado y se recibían las comunicaciones de los dioses indígenas, y comentaban las revelaciones que el dios Manito hiciera al hechicero.

Referían también que un oso gigantesco rondaba por la montaña, lo cual era un suceso muy extraordinario, pues los osos nunca salían de sus cavernas antes de la época primaveral.

Takunga fumaba en silencio y comprendía que llegaba la hora de tomar una resolución o, mejor dicho, de comunicar a los indios sus inalterables designios. Estos eran que su primo Denés tomara el mando de la tribu y se casara con su hermana Suki.



LA CAZA DEL OSO BLANCO

LAS quemaduras de Noel estaban ya sanas. Pero el joven no se decidía aún a manifestar su determinación a los ancianos de la tribu.

A las instancias de Domingo, Noel respondía:

—No hay apuro... Tengo que reflexionar todavía.

Una indolencia, muy indiana, reemplazaba a su actividad anterior. Takunga se entregaba a largos ensueños y, sin quererlo, el hechizo de su raza le fascinaba.

Por la noche, cuando todos dormían en la tienda, a pesar del intenso frío, salía y vagaba por las praderas nevadas y se extasiaba ante las auroras boreales. Le encantaba esa brisa glacial, y él mismo se extrañaba de asimilar tan pronto esa dura vida, exenta de las comodidades del mundo civilizado.

Más aún, sentía pena al imaginarse las noches tumultuosas de los grandes centros norteamericanos, la vida social, los banquetes y todo ese trabajo de cine, que ahora le parecía falso y fermentido.

Por otra parte, los indios le repugnaban por sus costumbres y su grosería. Pero el paisaje, grandioso y austero, le subyugaba.

Un día Noel participó al hijo del empresario sus nuevas impresiones.

—Noel, Noel —exclamó angustiado su hermano adoptivo—. Ya no hay remedio. Tú estás embrujado.

—¿Por qué dices eso? —preguntó el indio civilizado.

—Porque tú tienes la intención de abandonarnos voluntariamente... Hermano, yo estaba tan feliz cuando te encontré. No hagas eso, por favor.

—¿Qué te induce a creer que yo te dejaré? —protestó su amigo.

—Tu pereza, tus vacilaciones —contestó el joven Laval—. Si no fuera por eso, ya estaríamos en el barco, camino a California. Piensa en mi madre y en Margarita, que nos aguardan anhelantes.

—La señora Luciana —balbuceó Takunga—, Margarita, las veo tan lejos...

—Razón de más para disminuir la distancia —arguyó su compañero—. También te recordaré que tú firmaste un contrato con mi padre, que él confía en ti...

Y al decir esto, Domingo cogía su cabeza entre las manos y manifestaba atroz desesperación.

Noel, afirmado en la puerta de la carpa, sentía sus ojos humedecidos por las lágrimas.

—Domingo —murmuró por fin—; la idea de que tú dudes de mi palabra me aflige. Sin embargo, imagina mi confusión... Por un lado, Suki, los indios y un tumulto de recuerdos que tardíamente me asaltan; y por otro lado, tú, tus padres, Margarita...

—Tu deber está claro —respondió su compa-

ñero—. Es preciso que regreses con nosotros y que cumplas tus promesas, Noel.

—Tienes razón —afirmó el interpelado—; estaba loco. Soy un civilizado y un cristiano. Partamos, Domingo... Llévame... No esperes que los pieles rojas me reconquisten. Yo no los quiero. Su mentalidad me desagrada, su grosería me disgusta. Partamos, hermano.

—¿Cuándo? ¿Esta noche? ¿Mañana?

—No, pasado mañana —declaró Takunga—. Iré primero a la cacería del oso, que los indígenas preparan en mi honor. Iremos todos, y a nuestro regreso comunicaré a los ancianos del Consejo que me voy definitivamente. Nada tengo que ver con ellos y nada les prometí.

—Y en cambio ellos te quemaron vivo casi —exclamó el joven Laval, en el colmo de la felicidad—. Sin embargo, yo creo que no necesitas anunciar tu partida a esos indios. Muy bien que vivían sin ti antes que te raptara Pluma Blanca.

—Un deber de lealtad me obliga a ello —explicó Noel—. Suki les prometió en mi nombre que yo sería su jefe.

—Esa indiecita merecería un castigo —musitó su amigo.

—No hables mal de mi hermana —suplicó January—. La pobrecita me cuida y me atiende con una abnegación admirable. Muchas veces me avergüenza aceptar sus desvelos con el egoísmo de un cacique indio.

—Y tú aceptaste con mucha resignación que ella

te raptara —objetó Domingo—. ¡Qué hermanita tan buena!

—Domingo —expresó Noel—, aquel día yo me conduje como un indio feroz... Por eso deseo partir... ¡Tengo miedo de convertirme en un salvaje, hermano mío. Tú que eres de otra raza, que eres sensible y cortés, tú me comprenderás. Descubrí con terror que soy un individuo de pasiones violentas. La prueba del fuego, lejos de indignarme como a ti, me llenó de entusiasmo, y ahora la cacería del oso despierta en mí todos los instintos sanguinarios.

—No exageres —opinó Laval—. Una cacería de fieras también atrae mucho a los hombres civilizados, sin que por eso sean sanguinarios. Cazarás al oso blanco y te llevarás la piel para hacer con ella un lindo cobertor.

—No me entiendes —murmuró Takunga—. Nada me importa la piel del oso. Tengo ganas de matar... Por eso te digo, Domingo: llévame lejos de aquí... Sálvame de mis instintos primitivos.

—Sí, sí —replicó su compañero—. Pasado mañana partiremos. Harás un bello discurso a los indios para satisfacer tus escrúpulos de conciencia.

—Les comunicaré que antes de llegar aquí contraí un compromiso de honor con los blancos —indicó Takunga—, y ellos me comprenderán.

—¿Quién te reemplazará? —inquirió el hijo del empresario—. Supongo que no será Aguila Roja, puesto que tú le venciste.

—No —contestó su amigo—. El hijo de Kamaisti partió a otra tribu enemiga de los CRI. Dejaré a Denés

de jefe y se casará con Suki. O, si ella lo prefiere, la llevaré conmigo y trataré de educarla.

Los indios CRI no se equivocaban al indicar que rondaba por la Montaña de los Cedros Rojos un gigantesco oso blanco.

Un piel roja siguió su pista e informó de ella al gran hechicero.

Katiruk, por deferencia a su joven jefe, esperó que Takunga mejorara de sus heridas para organizar la cacería.

Sin embargo, no era conveniente esperar más tiempo, porque el oso se alejaría demasiado y escalaría la montaña para descender al valle próximo.

Partieron, pues, a la caza del oso, nuestros cuatro amigos y un grupo de indios.

El brujo dirigió el discurso de ritual antes de la salida:

“—Makova, señor de la montaña, no te enojés con nosotros, porque no somos tus enemigos y te saludamos respetuosamente, asegurándote nuestra fidelidad. Y tú, oso blanco, hijo de Makova, piensa que aquí en esta tierra sufres hambre y frío. Al país que te enviaremos, junto a Manito, tendrás prados floridos y presas apetitosas. Por esto te mataremos... Perdónanos, señor de la montaña.”

Fusil al hombro, los cazadores marcharon hacia la montaña.

Noel y Domingo semejaban a esos jovencitos que sus padres llevan por primera vez a la caza y que

se muestran impetuosos e imprudentes. Cipriano quedaba a la retaguardia con Lorenzo.

No se usaban perros en la cacería del oso; pero los indios, cuyo oído estaba aguzado a todos los ruidos de la selva y la montaña, adivinaban por el movimiento de las hojas el paso de una fiera a muchos metros de distancia.

Fue preciso escalar la montaña por empinadas rocas. January recordaba que siete años antes su padre partió una mañana en busca de una osa madre y de su pequeñuelo, y que después encontraron su cadáver atrozmente destrozado por un gran peñasco.

Se atribuyó esta muerte a Kamaisti, quien rondaba por esos parajes y quien, seguramente, arrojó sobre Upisk esa roca.

Takunga juró vengar a su padre y por eso el traidor le vendió como esclavo.

La brisa de la montaña parecía murmurar al oído de Noel:

—“Venganza, venganza... Escucha la voz de tu hermana Suki. Venga a tu padre.”

—“No, no —protestaba el indio civilizado—; es necia esa venganza. Ya Aguila Roja recibió su merecido castigo al arrojárselo de la tribu. Ahora sólo me vengaré del oso, de todos los osos, porque ellos fueron los causantes de la muerte de mis padres.”

—Señor January —gritaba el fotógrafo—, no suba a esa roca tan escarpada!... Aguárdenos un instante... Es peligroso que llegue solo a esa plataforma.

Pero Takunga no oyó los llamados de Cipriano y prosiguió su ascenso por la lisa ladera montañesa.

Al mecánico le fué imposible seguir al hijo de Upisk, ni tampoco lo deseaba Noel, quien ansiaba desafiarse solo al terrible oso.

Los cazadores se dividieron en tres grupos desde que el indio guía indicó que la bestia se hallaba en la cima del monte.

Lorenzo y Domingo trepaban por el lado izquierdo; Noel y Cipriano por la derecha, y varios indígenas custodiaban la bajada al valle.

A la primera señal que diera el hechicero, los tres grupos se aproximarian y dispararian juntos contra la fiera. Por consiguiente, el éxito del ataque dependía de la disciplina de los cazadores.

El buen resultado estaba asegurado sin la furia que súbitamente invadió a Takunga.

Con el fusil terciado a la espalda, el joven atleta escalaba los picachos, ayudándose con codos y rodillas.

Por fin llegó a la pequeña plataforma de la cima y no vió allí a ninguno de sus compañeros de caza. Seguramente estaban dos metros más abajo, esperando la señal de Katiruk.

Por su parte, el fotógrafo divisó al oso tras un peñasco y trataba de atraer la atención de January, sin despertar al animal, que dormitaba al sol.

De súbito, Takunga escuchó un gruñido sordo, semejante al ronroneo de un gato. El oso se desperezaba y pronto su olfato husmearía la carne humana.

Noel se arrastró hasta el límite de la plataforma y miró hacia abajo, a fin de ver si sus acompañantes subían o si Katiruk le hacía alguna indicación.

“Yo mataré al protegido de Makova —murmuró para sí mismo—; a diez metros de distancia, es un juego apuntarle a la cabeza.”

La bestia no descubría aún la presencia del enemigo, porque la brisa soplabá en sentido contrario a ella y no le traía el olor que despertaría sus instintos sanguinarios.

El indio se puso de pie y, trémulo de emoción, empuñó el fusil. Desgraciadamente, en el momento en que apretaba el gatillo, su pie resbaló en la nieve y cayó de rodillas al borde del precipicio.

El proyectil se desvió y en vez de fracturar el cráneo de la fiera, le hizo una herida superficial en un hombro.

Al mismo tiempo, el arma se escapó de manos del joven y rodó montaña abajo.

Cuando Takunga hizo un esfuerzo para ponerse de pie, un frío glacial invadió su cuerpo. Parecía que su corazón cesaba de latir.

El hijo de Upisk estaba perdido... La cacería de osos era fatal para su familia.

Entretanto, el gigantesco animal avanzaba hacia su víctima, con las fauces abiertas, los ojos inyectados en sangre y las garras amenazantes.

Noel comprendió que el oso blanco le despedazaría si sus compañeros no iniciaban un nutrido fuego.

—¡A mí, socorro, aquí! —gritó desesperado.

Los ecos de la montaña repitieron el llamado tal como repercutió el tiro de fusil.

Pero nadie acudía... El dios de la montaña se vengaba... ¿Por qué venían a matar a su protegido?

INCERTIDUMBRES DE NOEL JANUARY

-¡AQUI, auxilio! —llamaba Takunga.

La enorme bestia sacudía la gran melena, alargaba sus pesadas patas y, al gruñir, mostraba sus formidables colmillos.

—Makova se venga —balbuceó el indio, transformado por el miedo en muchacho inerte—. ¿Por qué quise matar al oso de la montaña?

Noel miró hacia el abismo a cuyo extremo se encontraba y pensó que era preferible morir despeñado que entre las garras de la fiera.

Ya se preparaba a dar el salto mortal, cuando un grito estridente le obligó a volver la cabeza.

Una silueta encapuchada, que no era la del hechicero ni la del indio que dirigía la cacería, saltaba en ese instante sobre la espalda del oso y le apuñaleaba.

El animal lanzó un lastimero aullido y se volvió contra su atacante. Un dolor atroz penetró en sus pulmones y se olvidó de su primer enemigo.

En ese momento, varias voces gritaron desde los peñascos vecinos:

—Apártense... Dispararemos.

January estaba salvado, pero el oso, antes de morir, tuvo fuerza suficiente para aplastar y desgarrar las carnes de la persona que le clavó el puñal en la espalda.

El regreso de los cazadores nada tuvo de triunfal.

Sin embargo, la gran fiera, herida mortalmente, rodó de roca en roca hasta que cayó sobre la nieve del llano.

Pronto las mujeres de la tribu irían en busca de su piel, la curtirían y se la presentarían al joven jefe.

Pero ahora no se trataba de la bestia, sino de la pobre Suki, a quien conducían en una litera de ramas de pino.

Porque fué la heroica hermana de Takunga la que expuso su vida dando muerte al enorme oso.

Pluma Blanca siguió a los cazadores, siempre alerta a todo peligro que alcanzara a su adorado hermano.



Tendida sobre las pieles de su ruca, la indiecita gemía suavemente, mientras el viejo curandero de la tribu vertía en sus labios exangües un líquido rojo.

Domingo y su hermano observaban la escena, poseídos de terrible desesperación.

—Salgamos un momento —susurró Noel a su

amigo—. Me ahogo en esta ruca y siento deseos de arrojar fuera a ese brujo, aunque él esté convencido del poder maravilloso de sus drogas.

Ambos jóvenes se detuvieron frente a la ruca, a pesar del frío glacial de aquella estrellada noche.

—Dime, ¿qué sucedió? —preguntó Laval al artista—. ¿Cómo llegó tu hermana a colocarse tras el oso?

—Suki me salvó la vida —explicó Noel—. Mi fusil resbaló por el precipicio y yo no tenía otra alternativa que lanzarme montaña abajo o morir entre las garras del animal enfurecido.

—Fuiste un loco al separarte de nosotros —reprochó el hijo del empresario.

—Sí, un loco —repitió Takunga, torturado por el remordimiento—. Mi estúpida vanidad, el feroz deseo de matar a esa fiera, de luchar con ella como tantas veces lo hiciera mi padre, me impulsaron a cometer tan culpable imprudencia.

—¿Pluma Blanca calculaba el peligro que corrías?

—Lo supongo —dijo Noel—, y no vaciló en tomar el camino del bosque para salir al encuentro del oso. El animal le desgarró la garganta y le destrozó un hombro. ¡Qué cosa más terrible, Domingo! Sin cuidarla como es necesario, en medio de este desierto, y además el botiquín que traíamos se perdió en las praderas.

—Hermano, comprendo tu desesperación —expresó Laval—, pero no te desconsueles. El hechicero de la tribu ya le arregló la quebradura del brazo.

—Pero no le devolverá la sangre que perdió con la hemorragia de su garganta. Necesitaríamos inyecciones apropiadas o hacerle transfusiones de sangre. Si no estuviéramos tan lejos del Lago de los Esclavos, mandaría a Lorenzo en busca de un médico al Fuerte Francés.

—Yo también tenía la misma idea —expuso Domingo—; ¿pero cuánto tiempo tardaría en llegar? Por lo menos dos semanas.

—No, no —respondió January—, es imposible esperar tanto. Mejor sería colocar a Suki en un trineo y transportarla al primer sitio civilizado que encontremos. El guía mestizo me habló de unos misioneros oblatos que tienen un convento en Atabasca.

—Imposible trasladarla en el estado de debilidad en que se halla —objetó el hijo de Héctor Laval—. Ten paciencia.

—¿Paciencia? —exclamó Takunga—. ¿No ves que apenas respira y que sus débiles gemidos me parten el alma?

En ese momento el curandero salió de la ruca, y Noel se colocó al lado de la moribunda, sollozando como un niño.

Pasada la medianoche, Suki entreabrió sus párpados e hizo un movimiento como para incorporarse en el lecho. Pero un dolor espantoso en la garganta y en el hombro la obligó a reclinarse nuevamente.

—No te muevas, hermanita —suplicó January—. ¿Quieres beber?

La niña sufría horribilmente. Sus labios temblaban y su semblante estaba pálido. Sin embargo,

como hija de la estoica raza de los CRI, dominaba su tormento y trataba de sonreír.

—¿Por qué fuiste a la caza, Suki —interrogó el indio civilizado—, en vez de quedarte en la ruca como una buena squaw (mujer)?

—Que Takunga no se enfade —balbuceó débilmente la enferma—. Suki sabe que las mujeres indias no tienen derecho para ir a la cacería; pero ella no iba a cazar, sino que subía a las altas montañas...

—¿Con qué fin, hermanita? —inquirió Noel.

—Porque Suki tuvo un sueño... Sí, hermano, un siniestro presagio enviado por Mentchetchao, el genio del mal corazón.

—No te fatigues —suplicó Takunga—. Esas son supersticiones necias.

—El sueño de Suki decía que Takunga no seguiría a las tribus que le proclamaron como jefe —prosiguió la muchacha herida—. Entonces Suki pensó que sólo la muerte impediría al cacique de los CRI cumplir con su juramento, y que si renegaba de su deber, Makova le castigaría. Por eso Suki subió a la montaña a suplicar al dios que perdonara a su hermano.

—Y expusiste tu vida, mi pobrecita loca —suspiró January.

—La vida de Suki nada vale al lado de la del jefe Takunga —replicó Pluma Blanca—. Makova te perdonó... Serás el gran jefe de los CRI... Bello, vigoroso, valiente. La piel del oso que me desgarró te servirá de lecho.

La joven cerró los ojos, fatigada y exhausta; pero

siempre conservó entre sus manos la que le tendía su idolatrado hermano.

Takunga, mientras tanto, apretaba el puño de la indiecita y contaba sus locas pulsaciones.

—Suki, Suki —llamó Noel, creyendo que su hermana se moría.

La niña abrió sus grandes ojos y, presa de un delirio angustioso, se tomaba la garganta y murmuraba con voz entrecortada:

—Takunga... Dijiste palabras sacrílegas... Hablaste mal de nuestros dioses. También pretendías partir en compañía de los blancos. Di que no es verdad, di que no abandonarás a Suki, que no la dejarás perecer aquí sola.

—Tú no morirás —aseguró llorando Takunga.

—Si Takunga se va, Suki morirá —declaró la india.

Por toda respuesta, Noel besó la frente de su hermana y la obligó a reposar.

Al amanecer, el delirio y la fiebre aumentaron.

—Lorenzo —dijo January al mestizo—. Suki está peor que ayer. No se trata ya de transportarla en trineo. Tú que conoces el país, ¿no irías hasta el lago de Atabasca a buscar un médico allá?

—Los doctores nunca salen del Fuerte —explicó el guía—, porque siempre reciben los enfermos allá.

—Pero al menos nos mandarían algún remedio o indicarían un tratamiento —manifestó Noel.

—Bien —contestó Lorenzo—, yo iré en trineo.

Esta decisión fastidió al hechicero de la tribu, quien, advirtiendo que a los blancos y a Takunga

desagradaban sus medicamentos, se preparó para partir a sus lejanos distritos junto con el resto de los CRI.

—Takunga —declaró solemnemente Katiruk—, Makova castigó a Suki en tu lugar porque quiere que tú seas nuestro gran jefe. Te aguardaremos tras las llanuras nevadas y cuando llegues a nuestro distrito iniciaremos las ceremonias del “Pozo de la Transpiración” y los sortilegios para que huya el genio del mal corazón. Después, nuestras tribus reunidas vivirán en la alegría y en la abundancia durante doce soles.

—Que así sea, oh, gran hechicero —respondió Takunga.

Esta ambigua contestación a nada le comprometía.



Por ahora, Noel sólo pensaba en Suki y, anhelante, corrió a ayudar a Cipriano, quien ya enganchaba los perros al trineo.

—Adiós, Lorenzo —dijo January al mestizo—, que Dios te proteja y que vuelvas pronto.

—No se apene, señor —animó el guía—. La señorita Suki no expirará y allá en la capilla de los padres oblatos yo le pediré al Santísimo que la salve.

Domingo y su hermano adoptivo, trepados en una alta roca, presenciaban la partida de los indios CRI. Las mujeres iban cargadas con los utensilios de casa o con los chicos que ataban a sus espaldas; los hombres llevaban las armas de defensa guerrera y de caza.

La larga caravana desapareció por fin tras las montañas y sólo quedaron en la ladera de la Montaña de los Cedros Rojos las tres carpas de los expedicionarios.

—Yo envié una carta a mi padre con Lorenzo —declaró de pronto Laval—, anunciándole que nuestro viaje a California se retardaría por algunas semanas más.

—¿Tú hiciste eso, mi buen hermano? —murmuró Takunga muy agradecido.

—¿Y pensabas entonces que te dejaríamos aquí solo con tu hermana enferma? —reprochó Domingo—. Apenas mejore Suki nos iremos todos juntos a Los Angeles...

—Sabe Dios... —musitó Noel.

—¿No cumplirás entonces tu promesa? —inte-

rrogó su amigo—: ¿Olvidaste tu contrato? Noel, responde... ¿Por qué callas?

—Mis promesas, mis promesas —balbuceó el inquieto Takunga—. Todos me repiten lo mismo. Domingo, ¿no ves que estoy en un estado miserable? ¿Dónde está mi deber? Suki también exige una promesa... Katiruk, por su lado, y el señor Laval, por otro, cuentan conmigo.

—¿Y tú qué deseas? —preguntó Domingo.

—Sólo cumplir con mi deber —contestó January—; pero lo tremendo para mí es que no sé cuál es mi deber...

En ese instante llegó Cipriano a la carrera.

—¿Qué pasa? —inquirió anhelante el actor—. ¿Mi hermana despertó?

—No, no —respondió el fotógrafo—. Su hermana reposa. Le buscan dos mujeres indias.

A pocos pasos avanzaban dos robustas indígenas que arrastraban sobre la nieve la maravillosa piel del oso blanco.

—Magno jefe —dijo una de ellas—, antes de partir al lejano distrito, queremos dejaros esta piel curtida y aderezada para vos. Que ella os sirva de lecho nupcial cuando os dignéis darnos una soberana.

Noel recibió la piel en silencio, y cuando se alejaron las squaws, el joven manifestó al hijo del empresario:

—Domingo, lleva esta piel de oso a tu hermana Margarita, como un recuerdo mío...

Y sin decir más, entró a la ruca donde yacía Pluma Blanca.

EL MISIONERO OBLATO

NADA más impresionante que velar durante la noche a un enfermo que sufre y delira; pero más terrible aun es no poder aliviarle por carecer de auxilios y de ciencia médica.

Takunga permanecía junto a su hermana, dentro de la fría ruca y en medio de una inmensa sabana de nieve, con temperatura de 25 grados bajo cero.

Sus compañeros dormían en otra carpa junto a la de Noel.

—Takunga —deliraba la jovencita—, ¿oyes los cascabeles de los perros? Vienen en busca del gran cacique para llevarle al otro distrito... Allá lejos, donde abundan los zorros plateados... Escucha, escucha...

Al artista se le nublaban de lágrimas los ojos. Hacía dos días que el guía partió al lago de Atabasca en busca de un médico; dos días que aumentaron la gravedad de Suki y acrecentaron su delirante fiebre.

—Tengo sed, tengo sed —clamaba la enferma—. Makova se venga.

Noel trataba que ingiriera un poco de té, sin levantar su cabecita ni mover el cuello, donde Suki tenía una herida purulenta.

—¿Qué noches tan largas y tan aciagas! —suspiraba el joven—. ¿Cuándo volverá Lorenzo? ¿Llegará a tiempo para salvar a mi heroica hermana?

La soledad de la llanura atribulaba aún más al infeliz Takunga; Cipriano y Domingo dormían en otra carpa, y como el mestizo se llevó los perros del trineo, el silencio era absoluto.

Noel meditaba... ¿Cuál sería su destino en adelante? ¿Seguiría a Laval o permanecería junto a Suki como jefe de la tribu CRI?

De pronto oyó la voz del mecánico, que gritaba gozoso:

—Un trineo, un trineo... Escuchen los cascabeles de los canes.

“Ilusión —pensó Takunga—. Lorenzo sólo llegará mañana al lago de Atabasca y necesitará a lo menos cuatro días más para volver aquí.”

Sin embargo, salió de la carpa y dijo al fotógrafo:

—No hay duda de que viene allá lejos un trineo, pero no es el del mestizo.

—No importa —insistió Cipriano—. Corramos al camino, y si son viajeros, les pediremos algún remedio para la enfermita.

Sin perder tiempo ni para colocarse los patines, ambos hombres salieron al encuentro del trineo. Cuando estuvieron en la colina, divisaron, efectivamente, un trineo, junto al cual corrían dos personas.

—Reconozco a nuestros perros —exclamó el fotógrafo.

—Y yo al buen Lorenzo —declaró January—, pero no al otro individuo que le acompaña... No será un médico, porque no tuvo tiempo de ir al Fuerte Francés.

En realidad, el que venía con el guía no era un

doctor, sino un desconocido, cuyas facciones estaban cubiertas por negro capuchón.

Cuando los viajeros estuvieron a corta distancia, Noel y Cipriano advirtieron que el acompañante de Lorenzo llevaba en su cintura un rosario de grandes cuentas, del cual pendía un crucifijo.

Era un misionero de los padres oblatos; a quien el mestizo encontró en su ruta. Como casi todos esos abnegados sacerdotes eran también médicos, el guía le rogó que visitara a la indiecita.

—Sean ustedes con Dios, mis buenos amigos —dijo el misionero—. Me avisaron que tienen ustedes aquí a un herido grave.

—Sí, padre —asintió Noel—. Estábamos sumamente inquietos y por eso enviamos a Lorenzo en busca de un doctor a Atabasca... Pero es tan lejos...

—Yo no soy médico —respondió el padre Marchard, que así se llamaba el sacerdote—, pero tengo alguna experiencia y traigo un botiquín que llevo siempre en mis excursiones a los distritos indígenas. Lorenzo me encontró en uno de esos reductos de pieles rojas y decidí acompañarle.

Mientras hablaba, el misionero se quitó su capuchón y su manteo, y apareció en su traje de viaje, con pantalones forrados y casaca de piel.

—¿Dónde está la enferma? —preguntó el padre Marchard.

January le guió a la carpa de Suki.

—Yo conozco mucho al padre Marchard —manifestaba entretanto el mestizo—. Fuí alumno de los misioneros oblatos. A este padrecito le quieren mucho

los indios y le llaman Jialtri-Gru; en indígena, el buen hermanito.

—¿Tú crees que él salvará a Suki? —interrogó Domingo.

—Por cierto que sí —respondió Lorenzo—. Este misionero oblato conoce la medicina de los blancos y las yerbas de los indígenas. Además, él reza y Dios le oye siempre. Ya lo verán ustedes. La señorita sanará sin necesidad de llamar a un médico... El padrecito me llama.

En efecto, el sacerdote llamaba al guía para pedirle el botiquín que dejó en el trineo.

La herida de la muchacha estaba a punto de gangrenarse, y el misionero necesitó el empleo de un bisturí, desinfectar bien la carne destrozada por el oso y hacerle una dolorosa curación. Para sostener el pulso de la enferma, el padre Marchard le colocó una inyección de alcanfor y le dió a beber una poción calmante.

Efectuada la curación, el buen hermanito se sentó junto al lecho de Suki y rezó.

Al atardecer, la niña abrió sus grandes ojos y, saliendo del sopor que la mantuvo inconsciente tantos días, buscó con la mirada a su hermano.

En vez de Takunga, vió al misionero inclinado sobre ella, y llena de temor hizo un gesto angustiado.

—Hermanita —calmóla el oblato, colocando una mano en su frente—, no tengas miedo... Vine a curarte y a sanarte, si Dios lo quiere.

La huraña indiecita sintió gran confianza, y una dulce paz invadió su corazón.

La fiebre cedía y ya no sufría tanto.

—Gracias, padre —balbuceó Noel—. Creo que usted sanará a Suki.

Mientras tanto, Lorenzo refería las anécdotas más interesantes sobre la misión del padre Marchard.

—Este sacerdote no es orgulloso ni con los mestizos ni con los indios —contaba el guía—. Cuando visita los reductos de pieles rojas, duerme en sus tiendas, caza los caribus y come la misma comida que los



indígenas. Todos le quieren y le respetan. Podría pasar el invierno en la misión, donde tienen toda clase de comodidades; pero como cuando cae la nieve es cuando más se necesitan sus auxilios, este padrecito parte con su trineo a las regiones más miserables y corre a

veces centenares de kilómetros para visitar a sus hijos espirituales. En el verano, los indios acuden a la misión y muchos se convierten al cristianismo. A veces llegaba con los pies helados y lleno de magulladuras. En una ocasión se le gangrenó un dedo y fué necesaria una amputación. Pero él de nada se queja y canta siempre, celebrando la gloria de Dios.

Transcurrieron tres días y la mejoría de Pluma Blanca se acentuaba.

—Padre Marchard —dijo Noel una tarde—, le ruego que se quede un día más con nosotros. Mi hermana está mejor y comprendo que usted tenga prisa por marcharse. Sin embargo, aun le queda otra buena obra que hacer aquí. Necesito consultarle y escuchar sus consejos.

—Habla, hijo mío —dijo el misionero—. Caminaremos hasta la Montaña de los Cedros Rojos y allí me dirás tus cuitas.

January relató al padre toda su vida. Contóle cómo de pequeño le vendieron como esclavo, luego la época en California, su amistad con la familia Laval, sus éxitos como actor de cine y en seguida su llegada a la tierra natal.

—Ahora la vida de los indios me disgusta —declaraba Takunga—. No tolero sus costumbres ni sus supersticiones. Su miseria me repugna.

El sacerdote le escuchaba en silencio, fumando su pipa.

Noel comunicó al oblato sus inquietudes de conciencia. Después de los últimos acontecimientos que le llevaron a la tribu de los CRI, se preguntaba cuál

sería su deber: si llevar a su hermana a California o quedarse como cacique de los indígenas.

Mientras conversaban, ambos se internaban en la montaña.

—¿Por qué deseas tu regreso a Los Angeles? —interrogó por fin el misionero.

—Porque ése es mi país de adopción —contestó el artista—; allí me eduqué, me hice cristiano, y allá me quieren como a un hijo y un hermano.

—Te comprendo —manifestó el padre—; eres agradecido con los que te protegieron, pero tal vez hay razones menos nobles para que prefieras al país de adopción. Sé franco, hijo mío. Te seducen la vida fácil, los triunfos mundanos, la gloria de ser un famoso actor de cine.

—Temo que así sea —murmuró Noel—. Amo con pasión la música, el lujo, la lectura, los entretenimientos de la gente civilizada.

—Lo suponía —asintió el misionero.

—También contraí una deuda con el señor Laval —continuó January—; hay un contrato pendiente. ¿Qué me aconseja usted, padre?

—Seré franco, hijo mío —replicó el sacerdote—. A pesar de tu educación y de tu cultura, eres indio de pura raza. Te adaptaste a la raza europea, pero conservas el alma y los instintos de tus padres. Allí estarás siempre en una situación falsa. Para formar un hogar tendrías que casarte con alguna india de las que actúan en el cine...

—¿Por qué no con una mujer blanca? —objetó Takunga.

—Eso no es posible —exclamó el padre Marchard—. El temperamento de tu raza te impediría hacer feliz a una niña de otro país. ¿Crees que una joven francesa o norteamericana se convertiría en la squaw (mujer) de un jefe piel roja?

Noel se estremeció. Recordaba la violenta escena que tuvo con su hermana y cómo en un acceso de furor la abofeteó hasta dejarla sangrando. Se acordaba también del deseo de matar, el despertar de su instinto sanguinario cuando sufrió la terrible prueba del fuego.

—Padre, usted me atormenta al repetir lo que ya me dice mi conciencia —suspiró January—. Sí, soy terriblemente indio. Justamente por eso querría vivir en una nación civilizada, a fin de que mis instintos salvajes se adormecieran.

—Entonces, ¿tu ideal es la fuga? —reprochó el misionero—. ¿Nunca serás ni un civilizado ni un CRI? Reniegas de tu raza y en la otra no te aceptan sino como figurante, como danzarín exótico. Venderás tu figura de piel roja a los escenarios y les darás grotescas representaciones de sus costumbres ancestrales...

—Padre, no soy cobarde —murmuró Noel—, pero no comprendo que usted me aconseje la vuelta a la vida salvaje, después de amar tanto a la civilización.

—Mi pobre hijo —interrumpió el sacerdote—, ¿llamas volver a la vida salvaje regresar a tu país? ¿Crees que yo soy un salvaje porque vivo entre estas tribus desde hace diez años? Yo nací en Francia; era un joven de gran familia y porvenir, y renuncié a todo para ingresar a la orden de los oblatos. Me hice pobre con los pobres, miserable con los miserables. Dormí

en sus rucas, les cuidé de sus enfermedades, salí de caza con ellos y poco a poco infiltré en estos indios que tú desprecias la buena semilla de la religión y de la cultura. Yo amo a tus hermanos, a pesar de sus costumbres bárbaras y de sus supersticiones. Entre todas las tribus indígenas, la más leal y la más noble es la de los CRI... ¿Por qué tiene tanto éxito Noel January? Porque posee el tipo clásico del piel roja, porque conserva su esbeltez y gallardía.

Takunga inclinaba la cabeza y apretaba nerviosamente sus manos.

—Es distinto el papel de un misionero —dijo por fin—. Yo no tengo vocación para ejercer un sacerdocio tan heroico.

—Ni se lo recomendaría yo a un bailarín que hace furor en los teatros de Norteamérica —replicó el padre Marchard—. Me pediste un consejo y yo te lo doy: quédate con los hombres de tu raza y sé un gran jefe. Educa, civiliza a tu tribu, infúndeles principios de higiene, dales instrucción, organiza sus vidas y forma en ellos un nuevo espíritu. Reflexiona, hijo mío... Yo pasaré muchas veces por tu tribu, te daré consejos, te traeré libros, y espero encontrar al magno jefe Takunga rodeado de sus hermanos y formando con ellos una pequeña nación próspera y feliz.

CAPÍTULO XVII Y FINAL

LA CUARTA PRUEBA

—¿EL padre Marchard partió? —preguntó Domingo a Noel.

—Sí —asintió el joven, con honda tristeza—; quiso decirte adiós esta mañana, pero tú y Cipriano aun dormíais, y prefirió no despertaros.

—Si el misionero se fué, es porque tu hermana se encuentra fuera de peligro —exclamó Laval—, y ahora yo te pregunto: ¿Cuándo partiremos nosotros?

—Es verdad —replicó Takunga—. Tú deseas irte... ¿Tanta prisa tienes?

—¿Crees que es agradable la vida en esta soledad, Noel? —protestó su compañero—. Estamos abandonados. Aun los indios de la tribu CRI emigraron. ¿Qué más hacemos aquí? Lorenzo insinúa que caminemos lentamente, llevando a Suki en trineo, y después proseguiríamos el viaje por ferrocarril.

—En ferrocarril —repitió January, con desolado acento.

—Supongo que no llegarás a California en trineo —sugirió asombrado el hijo del empresario—. Escucha, Noel, tú me ocultas algo. ¿Qué te sucede?...

—Que decidí quedarme aquí —respondió el aludido con firmeza.

—¿Vuelves a las mismas? —reprochó Domingo—. ¡Qué veleta eres, hermano!

—Ya no soy veleta —murmuró Takunga—. Me quedo aquí para siempre.

—¿Destrozarás tu vida? —interrogó Laval—. ¿Romperás el contrato con mi padre, abandonarás a tu amigo, nada más que porque tu hermana te condujo como un niño hacia este país que tú no querías visitar?

—Mi pobre hermanito —balbuceó Noel, al ver las lágrimas que derramaba Domingo—. Si tú conocieras mis vacilaciones, mis inquietudes... Tuve una larga conversación con el padre Marchard.

—Comprendo —interrumpió el joven Laval—; a ese misionero le conviene que tú te quedes entre los indígenas...

Suki, desde su lecho de pieles, sonreía feliz, porque ya sabía la resolución de Takunga. En adelante, ella sería la fiel hermana y la consoladora del gran jefe de los CRI.



—Domingo, Domingo —suplicó Takunga—, no me atormentes... ¿Recuerdas aquel día en que sufrí la "prueba del fuego"? Pues bien, esa tercera prueba no fué tan dolorosa como ésta. Hoy sufro una "cuarta prueba" y temo desfallecer... En vez de maltratarme, compadéceme, hermano. Será muy cruel para mí abandonar el mundo civilizado, alejarme de ti, de Margarita, de tus padres...

—Entonces, ¿tu decisión es irrevocable? —inquirió el joven Laval.

—Sí, hasta la muerte —confirmó Noel—. Mejoraré la condición de los indios, trataré de civilizarlos... En cuanto a mi contrato con tu padre, le cedo, como indemnización, todo el dinero que tengo en depósito en el Banco de Los Angeles.

—Idiota —repuso Domingo—. ¿Crees tú que el dinero nos compensará de tu ausencia? Me declaras que te quedas entre los indios, y tu semblante parece el de un condenado a muerte.

—En efecto —afirmó Takunga con voz doliente—. Noel January está condenado a morir para siempre, y sólo queda Takunga, el indio de pura sangre. Presiento que será para mí intensamente dolorosa esta nueva vida y que me sentiré muy solo.

—¿Concebiste ya algún plan? —interrogó Domingo.

—Aun no —dijo Takunga—, pero el padre Marchard me ayudará. Abriré escuelas en la tribu, educaré a mis guerreros, les quitaré sus supersticiones...

—Ya te veo de profesor —manifestó con ironía

el joven Laval—. Cuenta conmigo para enviarte libros, revistas, radios...

—No, Domingo —suplicó Noel—; deja que se corten enteramente los lazos que me unen al mundo civilizado.

—Te mandaré entonces tenedores y cuchillos para que enseñes a comer a esos salvajes —replicó furioso el hijo de Héctor Laval.

—Domingo —rogó su amigo—, sé bueno. Nos quedan cuarenta y ocho horas para estar juntos. Vivámoslas en íntima unión... Quiéreme, compadéceme y piensa que esta "cuarta prueba" me martiriza.

Ambos jóvenes permanecieron en silencio, hombre con hombre, junto a la estufa que entibiaba la ruca, pensando que pronto llegaría la hora de la fatal separación.

Y este momento llegó cuarenta y ocho horas más tarde.

El mestizo Lorenzo partiría con Domingo y Cipriano, llevando en el trineo todo el equipaje y las máquinas cinematográficas.

Takunga esperaría el trineo de los indios CRI, quienes vendrían a buscarle para conducirlo, con Suki, al gran distrito de la tribu.

—Desgracia sobre desgracia —se lamentaba el fotógrafo—. ¿Qué dirá el señor Laval? Y todo por esos malditos ciervos. Con tomar una película en el Jardín Zoológico de Los Angeles se habría subsanado todo, y el señor January continuaría con nosotros.

—Le cogió el mal del país —suspiró el guía—, y

el padre Marchard terminó por convencerle de que su deber era permanecer con los de su raza.

Por fin todo estuvo listo; los viajeros se colocaron junto al trineo y los perros sacudieron sus cascabeles.

Era tal la emoción de Domingo, que no acertaba a colocarse sus patines.

—Yo te haré este último servicio —murmuró Tankunga, arrodillándose a los pies de su amigo.

Mientras ataba las correas, el joven dijo con voz enternecida a Laval:

—Dales mis recuerdos a tu madre y a Margarita... A ella le dirás...

—¿Qué le diré? —inquirió el joven.

—Nada —balbuceó el piel roja—. ¿Con qué fin? Noel January murió...



Al oír esto, Domingo alzó por los hombros a su amigo y le abrazó estrechamente, mientras Cipriano y Lorenzo lloraban como niños.

—Noel —manifestó su hermano adoptivo—, es imposible que nos separemos para siempre. Ya conozco el camino de las praderas nevadas y volveré pronto. No nos digamos adiós, sino hasta luego...

Takunga no respondió. Después de aquel momento de emoción, su rostro recobró una serenidad estoica.

El mismo fustigó a los perros del trineo y caminó junto a ellos algunos metros. En seguida se detuvo y dejó que la caravana se alejara.

Inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, el hermoso indio miraba a sus amigos hasta que ya sólo formaron un punto negro en el horizonte.

Sufría la tortura de la "cuarta prueba", más cruel y dolorosa que la del fuego. Pero también salió victorioso de ella el heroico Takunga.

De súbito se estremeció al sentir que alguien tocaba sus pies. Era Suki, quien, con valiente impulso, se levantó de su lecho y ahora abrazaba las piernas de su adorado hermano.

Noel contempló a la indiecita arrodillada a sus plantas y oyó que su dulce voz susurraba:

—Takunga, ¿perdonarás a tu hermana Suki?

Estas palabras resumían toda la tragedia de su vida...

Takunga acalló su tormento, y ya convertido en un indio de la pradera, cogió en sus brazos el frágil cuerpo de Pluma Blanca y la condujo en silencio al solitario campamento.

INDICE

Introducción	7
Capítulo I.— El pequeño Takunga .	9
" II.— En viaje a la región de los pieles rojas	15
" III.— En el país de los pieles rojas	24
" IV.— La tragedia de la mujer in- dia	29
" V.— La hermana de Takunga .	36
" VI.— La fuga de Pluma Blanca	44
" VII.— Pluma Blanca guía a los viajeros	52
" VIII.— La traición de Pluma Blan- ca	62
" IX.— El furor de Takunga . .	70
" X.— El paso de los caribus . .	78
" XI.— Fiestas en la tribu CRI .	86
" XII.— Las tres pruebas . . .	93
" XIII.— Noel January y sus amigos	102
" XIV.— La caza del oso blanco .	109
" XV.— Incertidumbre de Noel Ja- nuary	117
" XVI.— El misionero oblato . .	126
" XVII y final.— La cuarta prueba	135